

LARRA
Madrid, 1809-1837

- Itinerario sucinto
- Itinerario ampliado
- Muerte
- Josefa Wetoret
- Dolores Armijo
- Larra. Anatomía de un dandy (Umbral)
- Poemas a Dolores Armijo
- Artículos
 - Crítica social y política
 - Crítica teatral y literaria
 - Sobre el uso de las palabras

Itinerario sucinto

- 1809 El 24 de marzo, nace Mariano José de Larra en la residencia para empleados de la Real Casa de la Moneda. Su padre, Mariano Antonio José de Larra, había tenido en un primer matrimonio siete hijos y una hija, que fallecieron todos a edad temprana. En segundas nupcias, con María Dolores Sánchez, tuvo solamente a Mariano José¹.
- 1811 Con año y medio empieza a aprender a leer y a los tres años sabe multiplicar.
- 1813 Se traslada a Francia con sus padres; a los cinco años habla y escribe francés correctamente.
- 1818 Con nueve años estudia latín; a los once, griego; a los doce, traduce la *Ilíada*.
- 1825 Descubre que Ofelia, su ideal de mujer angelical, es amante de su padre.²
- 1828 En febrero publica el periódico *El Duende Satírico*. Un año y medio después, le obligan a suspender su publicación por alusiones.
- 1829 Contra la opinión de sus padres, se casa con Josefa Wetoret.
- 1830 Incluyen su nombre en la *Corona fúnebre*, junto a los de otros poetas de gran fama, yendo su composición en primer lugar.
- 1831 Estrena *No más mostrador* como comedia original, siendo una copia de *Les adieux au comptoir*, de Scribe.
- 1832 Desde agosto hasta marzo del año siguiente publica *El Pobrecito Hablador*, periódico en el que satiriza las malas costumbres y el abuso de autoridad por parte del Gobierno. Sus heterónimos son el Bachiller don Juan Pérez de Munguía y Andrés Niporesas.
Desde noviembre hasta septiembre de 1834 colabora con *La Revista Española*, firmando sus artículos como *Fígaro*.

¹ Mariano Antonio José de Larra fue nombrado médico del Ejército Imperial de la región centro en 1811. En 1813, tras la derrota de Napoleón en España, tuvo que exiliarse a Francia con su esposa y Mariano José, residiendo en Burdeos, Estrasburgo y París. Entre 1817 y 1822, fue médico de cámara de don Francisco de Paula Antonio, hermano de Fernando VII e infante de España. A mediados de 1818, regresaron a Madrid formando parte del séquito del infante, pero su relación con el ejército invasor enturbió las relaciones familiares y tuvieron que abandonar la casa familiar.

² Se dice que para pasar el trago solicitó su traslado a la Universidad de Valencia. Sin embargo, en noviembre aún está en Valladolid. Y el curso siguiente, de octubre a junio de 1826, lo hace en Madrid.

- 1834 Fija sus ojos en Dolores Armijo, mujer casada que coquetea con él durante un tiempo, hasta que, cansada de su impertinencia, pone fin a la relación epistolar. Durante este asunto, Larra se ha separado de Josefa y puesto los hijos bajo tutela de sus abuelos en Navalcarnero.
En agosto se muda a otro piso en el que reside hasta marzo de 1835.
- 1835 A primeros de abril viaja a Portugal.
En agosto emprende un viaje por Europa: Lisboa, Londres, Bruselas, París...
En diciembre, su rival Bretón de los Herreros estrenó *Me voy de Madrid*, comedia satírica contra Larra.
- 1836 Desde enero publica crítica teatral en *El Español*.
Insiste en su cerco a Dolores, que ahora vive en Ávila.
Es elegido diputado por Ávila, cargo que no llega a desempeñar porque el motín de la Granja de San Ildefonso, en agosto, restaura la Constitución.
En agosto se comunica por carta con Josefa, a quien ha instalado en Madrid.
- 1837 El lunes 13 de febrero, tras un nuevo fiasco en sus esperanzas respecto a Dolores Armijo, se dispara en la sien.

Itinerario ampliado

Mariano José de Larra nació en Madrid el 24 de marzo de 1809 y murió en la misma ciudad el 13 de febrero de 1837. Sus padres, Mariano Antonio José de Larra y María Dolores Sánchez, vivían en la residencia para empleados de la Real Casa de la Moneda³, institución de la que su abuelo paterno era administrador. “Estuvo recluido en su casa con su abuelo que fue quien lo educó hasta los tres años. De ahí al exilio y a los internados, desde los tres a los trece años [...] Puede decirse que fue un niño sin niñez. La soledad en el inhóspito Madrid comenzó a transformarle en un niño introvertido, reflexivo e inseguro. Luego llegarían el escepticismo y la misantropía, y más tarde la desilusión y la desesperanza”⁴. Otro biógrafo coincide en presentarlo como un niño sin “viveza ni alegría, que odia todo juego y que a la edad de doce años se entretiene sobre un tablero de ajedrez por toda travesura, mientras sus condiscípulos corren por los patios y alborotan el colegio”⁵.

Larra fue un escritor, periodista y político de pensamiento ilustrado y sensibilidad romántica. Su inclinación por la sátira lúcida y valiente hizo que *El Correo Literario*, publicación rival, se refiriese a él como “el Quevedo de nuestros días”. Pero la crítica de Larra no es virulenta. Irónica, sarcástica todo lo más.

Mariano José de Larra firmó sus artículos bajo distintos heterónimos: el derivado de la publicación *El Duende Satírico* (con la que debutó como articulista), el Bachiller don Juan Pérez de Munguía y Andrés Niporesas en *El Pobrecito Hablador*, y Fígaro en *La Revista Española* y *El Español*. También firmó como Ramón Arriala, anagrama de Mariano Larra⁶. En alguna ocasión habla por boca del escribiente del Pobrecito Hablador, “de nacimiento castellano y de profesión batueco”⁷. Antes de expirar, el Pobrecito Hablador declara que “los batuecos no son tales batuecos por

³ Sita en la cuesta de Ramón de la calle de Segovia. Hoy no queda ni rastro del edificio.

⁴ Larra, *biografía de un hombre desesperado*, Jesús Miranda de Larra.

⁵ *Postfíguro*, Emilio Cotarelo.

⁶ En la obra *Roberto Dillon*, traducción de un original de Victor Ducange.

⁷ Las Batuecas es un valle salmantino cuyo atraso secular lleva a Larra a tomarlo como símbolo de España: “Este incultísimo país de las Batuecas, en que tuvimos la dicha de nacer, donde tenemos la gloria de vivir, y en el cual tendremos la paciencia de morir”, *Carta a Andrés. Escrita desde las Batuecas por el Pobrecito Hablador* el 11 de septiembre de 1832.

más que lo parezcan”, dando al gentilicio los dos sentidos en la misma frase: los españoles no son tales ¿submentales? por más que lo parezcan.

Aunque Fígaro tuvo fama de buen poeta, su poesía es mediocre en la forma y utilitaria en el fondo⁸. Donde destaca sobre cualquier otro escritor hasta nuestros días, es como periodista, siendo sus temas predilectos la crítica social, la teatral y el uso de las palabras⁹. Para la escena escribió dos dramas históricos (*Macías* y *El conde Fernán González y la exención de Castilla*) y varias traducciones y adaptaciones de los franceses Scribe, Ducange y Delavigne. Además, escribió una novela histórica (*El doncel de don Enrique el Doliente*).

En el amor, Larra tuvo una conducta desaforada. Quizá por eso las mujeres no se le dieron bien. Siendo adolescente se enamoró de Ofelia, una joven mayor que él en la que personificó su ideal de la pureza femenina hasta saber que era la amante de su padre (¿de ahí sus lágrimas confesadas durante la representación de *El sí de las niñas*?¹⁰).

En 1829, Larra se casó con Josefa Wetoret Martínez, ambos de veinte años. Pepita le dio tres hijos, pero no pudo competir con las mujeres que su esposo frecuentaba gracias a su popularidad. La incontinencia de Larra provocó repetidas escenas de violencia conyugal, una de las cuales creyó zanjar el adúltero encerrando a Pepita bajo llave en su habitación¹¹. La señora Martínez acudió al rescate de su hija, que estaba encinta por tercera vez, y la llevó a vivir con ella. El desgarró familiar fue absoluto al enviar Larra sus dos hijos a Navalcarnero, con los abuelos paternos. Debió de ser a mediados de 1834¹², con Larra perturbado por el plantón recibido el primero de mayo por parte de Dolores Armijo, su última obsesión, de la que hablo un poco más adelante.

En agosto de 1835, Larra emprendió un viaje a Lisboa, para desde allí embarcar rumbo a Londres, Bruselas y París, donde conoció a Victor Hugo y Alexandre Dumas. Tras la caída del gobierno de Mendizábal, decidió intervenir en la política activa a favor de los moderados, siendo elegido diputado por Ávila en 1836. Sin embargo, el motín de la Granja de San Ildefonso (12 de agosto de 1836) restauró la Constitución de 1812 e impidió que tomara posesión de su escaño.

De todas las ofuscaciones amorosas de Larra, la más sonada fue la que despertó en él Dolores Armijo, mujer casada a la que pretendió desde 1834 hasta su muerte¹³. Esta aspiración de Larra no solo fue incómoda para los cónyuges de ambos, también para la amada debido a la indiscreción petulante de Larra en las tertulias de café. Ante la insistencia del pretendiente, Dolores accedió a visitarlo,

⁸ En su artículo *El casarse pronto y mal*, él mismo se burla de sus “versos duros” y sus “satirillas en tercetos” que, a mi entender y por emplear sus propias palabras, “no tienen más de verso que el estar partidos los renglones” (*El café*). En 1835 manifestó su desencanto por esa literatura que se reduce a las galas del decir, al son de la rima, a entonar *sonetos y odas de circunstancias*.

⁹ En marzo de 1835 Larra dio a la imprenta tres tomos recopilatorios de sus artículos bajo el título de *Fígaro*. El primero comprendía 23 artículos publicados en los años 1832, 1833 y 1834 en los cuadernos *El Pobrecito Hablador* y en los periódicos *Revista Española* y *El Observador*. El segundo aportaba otros 33 artículos, cuatro de ellos inéditos. El tercero, otros 20.

¹⁰ “No solo el bello sexo ha llorado (...); nosotros los hombres hemos llorado también.”

¹¹ “En el trato social afectaba siempre modales muy distinguidos, pero en lo interior de su casa desplegaba un genio duro, desigual y poco sufrido”, Cayetano Cortés.

¹² Señalamos la fecha de mediados de 1834, porque resulta de un modo indudable que Larra, hacia el 30 de agosto de dicho año, se fue a vivir a la calle de la Visitación (hoy Fernández y González) número 14, de la manzana 218, cuarto principal, por el que había de pagar 3.650 reales al año; pero que sólo habitó seis meses y trece días, que concluyeron el 11 de marzo [de 1835], cuando resolvió hacer su viaje al extranjero. (*Fígaro*, por Carmen de Burgos, pág. 143).

¹³ Ver los detalles de esta relación en el apartado *Dolores Armijo*, en el que incluyo algunos poemas que Larra le dedicó. De ellos se desprende que el pobrecito rimador no fue para Dolores sino uno más de sus muchos moscones (¡contento tenía que estar el marido!), y que los ardores del poeta nunca pasaron del cuaderno a la sábana.

pero no para lo que él esperaba sino para recuperar algunas cartas que le había enviado¹⁴. Cumplido el trámite, Dolores se fue y Larra también, solo que él lo hizo para siempre disparándose en la sien derecha. Tenía veintisiete años y, como se desprende de una carta dirigida a sus padres, ya a los diecisiete había empezado a echar el cierre: “Como estoy viviendo de milagro desde el año 26, me he acostumbrado a mirar el día de hoy como el último”¹⁵. O sea, que llevaba años anunciando su muerte. Quizás el último aviso lo dio un mes antes del desenlace, cuando, en su crítica de *Los amantes de Teruel*, escribió: “El amor mata”.

El 15 de febrero de 1837, Fíguero entró tumbado en el mismo recinto que había recorrido sobre sus pies el Día de Difuntos precedente, llevado ya entonces por los pensamientos más fúnebres: “Madrid es el cementerio donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía a muerte próxima. Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos. ¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Quién ha muerto en él? ¡Aquí yace la esperanza! ¡Silencio, silencio!”¹⁶.

Durante el entierro de Fíguero, Zorrilla leyó un poema *in memoriam*:

*Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana,
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.*

En 1901, algunos representantes de la Generación del 98 (Unamuno, Azorín, Baroja) expresaron su identificación con la figura literaria de Fíguero llevando una corona de flores a su tumba.

Muerte

La inestabilidad emocional de Larra se resume de un modo cabal en el último día de su vida. Esa misma mañana escribió a Dolores Armijo una nota en la que reafirmaba su esperanza de conseguirla:

“He recibido tu carta. Gracias: gracias por todo. Me parece que si pudieran ustedes venir, tu amiga y tú, esta noche, hablaríamos, y acaso sería posible convenirnos. En este momento no sé qué hacer. Estoy aburrido y no puedo resistir a la calumnia y a la infamia. Tuyo”. Luego, visitó a Pepita, mostrándose más alegre de lo habitual. De regreso a casa, ordenó a los criados que dispusieran todo para lo que él presagiaba que sería un acontecimiento. Lo fue, pero en el sentido contrario al esperado.

¹⁴ Entre ellas aquella en que le ofrecía otorgarle algún favor “el 1º de mayo de 1834; luego se retractó y al cabo de seis meses escasos se negó a todo trato con él” (Emilio Cotarelo y Mori, *Los últimos amores de Larra*). Ver poema *Al día 1º de mayo* en el apartado *Dolores Armijo*.

¹⁵ Carta datada en Londres el 27 de mayo de 1835. En ella afirmaba haber “pasado rabiando una tercera parte lo menos de mi vida”.

¹⁶ *El Día de Difuntos de 1836*, publicado en *El Español* el 2 de noviembre de 1836.

Así fue como Eugenio de Larra y Langelot dio a su hermano, el padre de *Fígaro*, noticia sobre la muerte de este y los detalles de su entierro.¹⁷

“Madrid, 17 de febrero de 1837.

“Mi muy amado hermano Mariano: Convencido de que con tu talento y filosofía, y después de pasados los primeros momentos del dolor, te hallarás ya en disposición de poder oír la revelación de la fatal y desgraciada ocurrencia, paso a referírtela, aunque conozco será para renovar tus llagas.

“El 13, por la mañana, se manifestó muy diligente aquel infeliz con sus criados, previniéndoles limpiasen toda la casa, encendiesen más braseros, etc.: estaba, al parecer, más contento que otros días, muy agradable con la familia, y se vistió con la mayor elegancia, cortado y rizado el pelo de peluquero; a cosa de las tres de la tarde fue a visitar a Pepita en la casa en que se hallaba establecida de común acuerdo; observando ésta su alegría, diferente del estado que manifestaba hacía días, en que estaba triste, pensativo y hablando siempre de la muerte, le indicó sus deseos de ir a ver a Adelita¹⁸ aquella noche, a lo que replicó el difunto lo suspendiese hasta el día siguiente, que se la mandaría a comer y vendría él a los postres, a pretexto de estar ocupado esta noche con dos amigos en su casa.

“A cosa de las siete y media de la misma (según consta de declaración de los criados) se presentaron en ella dos señoras, una más anciana que otra. La voz pública designa a la segunda por doña Dolores Armijo de Cambronero, quienes, después de una conversación acalorada, según los gritos que se percibieron, a cosa de las ocho, a consecuencia de un campanillazo, dio orden Mariano a su criado para que las acompañase; marcharon, cerrando él en seguida con un gran golpe las dos puertas intermedias a su despacho; a pocos momentos, y antes que regresara aquél (a quien despidieron ellas cerca de Santiago), oyó la criada un ruido confuso, que atribuyó a haber derribado su amo el velador con el juego de café, por ir acompañado del que produce la caída como de vidrios; así se lo manifestó al criado, añadiéndole: ‘¡Jesús, qué de mal humor ha dejado al amo esta visita’. Pero no atreviéndose a entrar sin ser llamados, según sus órdenes, aguardaron a que acabase de cenar la niña, y entró el criado con ella a dar las buenas noches a papá, según costumbre, a quien encontraron cadáver, tendido en medio de su despacho. El criado, asustado, y la niña gritando, salieron despavoridos y se lo dijeron a la criada, avisando en seguida al ministro de Gracia y Justicia, que vivía debajo.

“En el reconocimiento practicado por los facultativos ha aparecido el papel cuya copia es adjunta, el que, según noticias y presunciones fundadas, fue escrito pocos días antes al tratar de un desafío a muerte por esa misma mujer que no llegó a verificarse¹⁹.

“La autoridad judicial, como es indispensable en esos casos, tomó conocimiento desde el principio de tan desastroso suceso y llenó completamente sus deberes, no pudiendo nadie mezclarse hasta que concluyó sus funciones.

“La Sociedad de Literatos dispuso la conducción de los restos de su amigo al cementerio de la Puerta de Fuencarral en una carroza fúnebre, adornada con una corona de laurel y varios tomos encuadernados, tirada por cuatro caballos

¹⁷ Carta incompleta. Transcripción por Carmen de Burgos.

¹⁸ Segunda hija de Larra y Josefa. No se menciona a Luis Mariano, el otro hijo del matrimonio. Baldomera, la hija menor, vivió con Josefa desde su nacimiento. Con el tiempo, Adela de Larra fue amante del rey Amadeo I, quien le puso una casa en la Castellana donde daba fiestas de alto nivel. La relación se truncó cuando Amadeo conoció a la esposa del director de *The Times* y decidió cambiar de yegua. Adela, ofendida, amenazó con airear las cartas que le había escrito el rey, pero un emisario real le ofreció cien mil pesetas o un tiro en la sien. Galdós la describe en *Amadeo I*.

¹⁹ No hay noticia fundada sobre este conato de duelo motivado por “esa misma mujer”, obviamente Dolores. No puede, por tanto, establecerse su relación con la presencia de Dolores en casa de Larra.

enlutados, con acompañamiento general de todos ellos, doce pobres de San Bernardino con hachas y otros doce niños, dirigiéndose, por la calle Mayor, de la Montera y Fuencarral, a su destino, donde fue colocado en un nicho, improvisándose por los concurrentes en loor de su ingenio varias composiciones, tanto en prosa como en verso.

“Se asegura se trata de poner una lápida sepulcral con una mención honorífica, como homenaje debido a su mérito.

“Su inconsolable esposa, en medio del dolor en que se hallaba sumida, ha manifestado su gratitud a tan bien merecido...”

Larra fue el primer suicida admitido por la Iglesia en un cementerio. Durante el acto, un desconocido Zorrilla empezó a leer su famosa elegía que no pudo terminar por la congoja. Era el reconocimiento al trabajo literario de Fígaro. Muy distinta era la opinión que merecía su comportamiento en las relaciones personales. Ferrer del Río apunta en 1846: “No correspondía a la amistad de nadie. Con su índole viciosa, su obstinado escepticismo y sin saborear nunca la inefable satisfacción que resulta de las buenas acciones, no cabía en el mundo”. En el mismo sentido, pero yendo más lejos, Almagro San Martín escribe: “Larra se muestra ya por entonces [1825] como un temperamento fisiológico anormal, mezcla de histerismo e idiosincrasia hepática. Las veleidades de su carácter, que salta del regocijo al pesar, del optimismo al pesimismo más negro; su libidinosidad sin freno, su mal humor creciente, las ojerizas que toma a ciertas personas por livianos motivos, hasta su estilo mordaz y bilioso, tanto cuando hablaba como cuando escribía, pueden [...] explicarse claramente por un hígado enfermo y un sistema nervioso tan débil como irritable”.

Como se expuso en la introducción, Jesús Miranda de Larra destacó “su fuerte carácter depresivo [...] La soledad en el inhóspito Madrid comenzó a transformarle en un niño introvertido, reflexivo e inseguro. Luego llegarían el escepticismo y la misantropía, y más tarde la desilusión y la desesperanza”.

Josefa Wetoret

Josefa Wetoret Martínez, conocida en sociedad como Pepita Martínez, era una joven bonita, discreta y de clase media alta. Tenía veinte años cuando cometió el error de casarse con Mariano José de Larra. El enlace tuvo lugar en Madrid el 13 de agosto de 1829, y de él nacieron tres hijos: Luis Mariano, libretista de zarzuelas (diciembre 1830); Adela, que sería amante de Amadeo de Saboya (1832); y Baldomera, casada con el médico del rey (que la abandonó), y una de las creadoras de la llamada estafa piramidal, por la que fue encarcelada (1834).

Pepita recibió de su marido infidelidades y algún maltrato más allá de las palabras: no se encierra bajo llave a una mujer sin recurrir a tirones, empujones y fricciones varias. El hecho sucedió a mediados de 1834, estando Pepita embarazada, y condujo a la separación de la pareja.

El 20 de agosto de 1835, recién llegado a París, Larra escribió a su amigo, el editor Manuel Delgado:

“Al salir de Madrid, me hallaba separado de mi mujer, con quien ya nunca me reuniré²⁰ [...] Pero esa mujer es madre de dos hijos que quiero y que he debido a su amor. La posición de esa mujer, abandonada por mí, puede ser buena si sus padres se portan como deben; pero como esto puede no suceder, acaso sea

²⁰ Pero lo hizo. Al menos así consta en la carta que el tío de Mariano envía a su padre tras el suicidio.

horrible. Esta idea hace mi tormento, con otras muchas [...] Necesito evitar que esa infeliz, víctima de mi crueldad acaso mal entendida, se vea en una posición horrorosa. Necesito que usted se informe mañosamente de su conducta, no porque me importe, pues está en completa libertad y no me reconozco su marido, sino porque nada habría más horrible que el que la que fue mi mujer sucumbiese por miseria a cosas poco decorosas. Averigüe usted esto; si necesita, inmediatamente se le enviará dinero; lo pondré en poder de usted, y usted luego cuidará por cualquier medio de que lo reciba; pero advirtiéndole que no será como mesada, ni como alimentos, sino como regalo, como socorro, que a nada me obligue: no quiero hacer nada a la fuerza, ni por el deber. Yo basto sólo para ser caballero. No tenga usted dificultad en informarme de la verdad, sea la que fuere: pero no mantenga usted la menor relación con ella, ni menos con sus padres”.

Un año después, el 22 de agosto de 1836, Larra ha instalado a Pepita en Madrid y le escribe en estos términos: “Estando todo sereno debes estar tranquila y contenta con lo que buenamente da de sí nuestra situación, en la cual no he sido yo, ciertamente, el que te ha puesto”²¹.

Dolores Armijo

Este escrito, no destinado al público, pudiera ser el primer testimonio del impacto sufrido por Larra a la vista de Dolores Armijo:

“La más bella entre las bellas, Dolores, la estrella de Sevilla, de negros cabellos, trenzados al desgaire por los dedos del Amor; la andaluza de piececitos hechiceros, de tímidos andares, de senos alabastrinos, de talle esbelto, balanceándose como la flor sobre el tallo ondulante, de miradas de fuego surgió ante mis ojos con todos los encantos de la belleza española; esa belleza morena, imagen y compendio del fuego de su alma.”

Los poemas que Larra dedicó a Dolores en 1834 y 1835 revelan que su antojo solo le produjo sufrimiento y que, por mucho que su escritura le inflamase el pecho y algo más, la miel nunca llegó a sus labios. En el dedicado al primero de mayo, ofrece su vida toda por un solo beso, reconocimiento de que ni eso obtuvo. Si acaso, un mechón del que se habla más adelante²².

Sabiendo que Dolores está en Badajoz, con sus tíos, Larra pasa un par de semanas en esta ciudad, sin conseguir tener con ella el contacto apetecido. Inicia entonces un viaje por Europa que lo mantiene alejado de España desde agosto a diciembre de 1835, pero no aplaca sus anhelos, antes bien pareció acrecentarlos: “El nombre de mi patria, mezclado de vez en cuando con el dulcísimo de Dolores, sol de Sevilla, vagaba por mis labios reseca; a veces, mi mano temblorosa, apretaba convulsivamente una trenza de cabellos más negros que el ébano y más brillantes que el azabache, trenza que yo regaba con mis lágrimas”.

A su regreso, Larra sabe que Dolores está viviendo en Ávila y se vale de un amigo, que allí reside, para hacerle llegar sus lamentos. El desprecio de Dolores exacerba su desvarío. En febrero de 1836, le manda un ejemplar de *El Español* que incluye su poema al primero de mayo. Dolores responde al correveidile: “¡Buen

²¹ El reproche final admite dos interpretaciones: o Pepita había cometido algún desliz o Larra se dirige a ella en esos términos por el hábito de exculparse culpando a los demás.

²² Ver el apartado *Poemas a Dolores Armijo*.

hipócrita es! Apenas recibía un favor mío, iba al café y a las tertulias a contarlo”²³. Como paso siguiente, el celestino Ceruti invita a Larra a su casa. Desde allí, Larra escribe al tío de Dolores:

“Sr. D. Alfonso Carrero.

“Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Por el amigo Acilú²⁴ he sabido, con gran sentimiento mío, que mi viaje y la falta de explicación entre nosotros ha podido turbar el reposo de su familia.

“Eso me es muy doloroso; desde el acontecimiento desgraciado que reunió a su familia de usted a una persona demasiado apreciable a mis ojos, procuré que mi conducta fuese lo más delicada posible; al pasar por Badajoz, no tuve otra causa que esa misma delicadeza para no usar siquiera de sus ofrecimientos y cortesía. Tanto en aquella ocasión como en ésta, en que un objeto artístico me ha traído a Ávila (como me llevará sucesivamente a otros puntos de la Península) cuidé mucho de no dar lugar a la menor queja de parte de usted y por más violencia que me haya costado y que me cueste, ni he desmentido ni desmentiré nunca el respeto que profeso a usted y a otra persona que me es harto cara.

“Dando ya por concluidas, y aun olvidadas, relaciones de tan triste recuerdo²⁵, creí que la conducta mía bastaba para tranquilizar a todos; pero puesto que me he equivocado, y puesto que la pequeñez de este pueblo le parece a usted un motivo más de cautela, que en poblaciones más grandes no existiría²⁶, no tengo el menor inconveniente en avistarme con usted y las personas de su familia que juzgue conveniente para convenir amistosamente en los medios que por mi parte pueda poner para evitar a usted en lo sucesivo nuevas inquietudes.

“Tengo, señor de Carrero, muy buen concepto formado de usted y de su buen talento, y háyase portado conmigo su sobrina como se haya portado, haya dado o no oídos a calumnias²⁷, su memoria me es demasiado grata para que yo dude un solo momento en hacer por su tranquilidad el sacrificio de mi ausencia, si ésta puede serle necesaria, por más que usted convenga conmigo en el poco derecho que a nadie le asiste para exigirlo de mí.

“Siendo este asunto tan delicado no puedo menos de extrañar que extraños en él se quieran dar el aire de protectores de su familia, [...] no sé quién puede tener más derecho que yo a mirar por el honor de su sobrina. Por lo tanto, suplico a usted que ninguna otra persona [...] tenga que ver en este asunto, por el mismo honor de ustedes, y esperando sus órdenes, la hora y punto en que podré avistarme con usted, tengo el honor de repetirme su muy...”

Carrero accedió a ver a Larra, que, despojándose de la retórica escrita, le pidió que le entregase a su sobrina “desnuda, bañada y sola”. Dicho lo cual, se volvió a Madrid.

Solo un mes después, Carrero echa pelillos a la mar para pedir a Larra, inminente diputado por Ávila, cierta recomendación política. Esta es la respuesta del escritor y político:

“Sr. D. Alfonso Carrero.

²³ Entre esos favores, probablemente el más indiscreto fuera la “trenza de cabellos más negros que el ébano” que Larra dice regar con sus lágrimas mientras recorre Europa.

²⁴ Nuevo celestino, toda vez que a Ceruti le han cerrado ya las puertas de la casa.

²⁵ Hipocresía y falacia son recursos predilectos de los románticos para ocultar sus debilidades.

²⁶ Probablemente esta fue la excusa de Carrero para negarle la entrada en su casa.

²⁷ En respuesta a la queja de Dolores sobre su indiscreción.

“Muy señor mío y mi apreciable amigo: Varias razones han impedido que yo me apresurase a escribir a usted: primero el mal estado de mi humor; segundo, el deseo de que usted siguiese viendo en mi conducta la misma delicadeza que le he ofrecido, que siempre tuve y que en mí será eterna [...] Voy a emplear cuanto valgo y puedo en favor de usted [...] confieso que sólo por usted lo haría, pues por mí mismo no he pedido ni haría ánimo de pedir nunca nada. Si puedo ser útil a la familia de la persona que más indignamente se ha portado conmigo, si tengo la fortuna de hacerle a usted y a ella un favor de cualquier especie que sea, quedaré completamente vengado²⁸. Perdóneme usted si una esperanza largo tiempo alimentada y tan ridículamente muerta²⁹ dan a mi expresión una acrimonia de la que usted no es digno”.

Resumiendo: Sabemos que Dolores vivía con sus tíos en Badajoz en abril de 1835 y en Ávila en enero-febrero de 1836³⁰. Carmen de Burgos se refiere al asunto en varios puntos de su *Fígaro*: “Dolores debió temer por su tranquilidad; lo que en Larra era una pasión, en ella era un capricho. Quiso concluir, y tal vez lo hubiese logrado si las imprudencias no hubiesen llevado a conocimiento de su marido la verdad [...] Entonces sobreviene el escándalo; el marido la repudia, la arroja de su lado [y] ella debió irse a vivir con su tío D. Alfonso Carrero.”

Por lo leído sobre la muerte de Larra, sabemos que siguió viendo a Dolores, instalada de nuevo en Madrid, o al menos se cartearon. Parece que recuperar sus cartas fue lo que la hizo acudir al domicilio del escritor el 13 de febrero de 1837, visita que desencadenó el primer acto de la tragedia. El segundo tuvo lugar no mucho después, cuando Dolores se embarcó rumbo a Filipinas para reunirse con su marido, secretario de la Capitanía General en Manila. El barco se hundió durante la travesía y no hubo supervivientes.

Fuentes

Biografía de Larra por su tío Eugenio: Eugenio de Larra y Langelot

Fígaro: Carmen de Burgos, 1919

Larra, biografía de un hombre desesperado: Jesús Miranda de Larra

Los últimos amores de Larra: Emillio Cotarelo y Mori

Postfígaro: Emillio Cotarelo y Mori

²⁸ Insiste en darse por ofendido.

²⁹ ¿Qué más prueba de que la relación nunca fue más allá del papel?

³⁰ Pero no sabemos por qué después de ser abandonada por su marido no se retiró a Sevilla con sus padres. ¿Habían muerto? ¿También ellos evitaban su presencia?

POEMAS A DOLORES ARMIJO

A una hermosa que dio en hacer buenos versos³¹

Madrid, 1834

¿No te bastan los rayos de tus ojos;
de tu mejilla la purpúrea rosa;
la planta breve, la cintura airosa,
ni el dulce encanto de tus labios rojos?
¿Ni el seno que a Ciprina diera enojos:
ni esa tu esquiva condición de esposa
que también nuestras armas victoriosa
coges para rendir nuevos despojos?
¿O a celebrar de tantos amadores,
ingrata, el fin acerbo te previenes,
que a mano morirán de tus rigores?
Ya que a tus plantas nuestras almas tienes,
déjanos, lira, celestial [Dolores],
para cantar siquiera tus desdenes.

Al día 1º de mayo³²

¿Tornas, infausto día,
trayéndole a mi mente
fortunas olvidadas
de tiempos más alegres?
¿Acaso deslumbrarme
ora también pretendes
con esperanzas locas
perdidas tantas veces?
Hoy fue, que de ilusiones
un tiempo yo juguete,
pensé que ya tocaba
mil anhelados bienes.
Mas tú corraste luego;
y aquella ingrata aleve
cruda, en tan largas penas
trocó dichas tan breves.
¿Acaso a recordarme,
risueño, me amaneces,
que en pos de nuevas burlas
luego a sus plantas vuele?
Otra vez brillando

³¹ La faceta poética de Dolores era notoria.

³² Jesús Miranda de Larra cree que "este poema sin fecha tiene que ser de mayo de 1831, a la vista del manuscrito borrador que se conserva de esa fecha, lo que evidencia su relación con Dolores por entonces", *Larra, biografía de un hombre desesperado*. Emilio Cotarelo, en cambio, afirma en *Los últimos amores de Larra* que esta letrilla fue compuesta en Lisboa el 1 de marzo de 1835 e impresa en *El Español* de 3 de febrero de 1836, firmada con las iniciales M. J. de L.

cual rosa entre claveles
a mil adoradores
la faz graciosa vuelve.

Dila que entre esa turba,
que hoy a sus pies advierte,
quien como yo la adore
no es fácil que lo encuentre;

que si otros más la dicen
ninguno tanto siente
como éste que callando
ni verla ya pretende;

como el que por tributo,
único reverente,
a sus divinas plantas
sus lágrimas le ofrece.

No pases sin decirle
que a mi bien, no piense
que el más rendido amante
nunca olvidarla puede,

por más que en honra mía
el circo aquí resuene.

¿Qué a mí, que aplaudan todos
como ella me desprecie?

¿Qué valen para un pecho,
que eterno amor somete,
qué valen, conseguidos,
los lauros florecientes?

Al que le abrasa el fuego
que el ciego Dios enciende,
los lauros envidiados
con galardón estéril,

si su gentil belleza
el mísero no tiene
a quién ornar con ellos
la majestuosa frente.

Yo, más que no el ruido
de palmas mil batientes
preciara el de sus besos,
emblema del deleite.

¿Y esa mentida gloria
cuál rico don me ofrece,
si a enardecer no basta
un corazón de nieve?

Cuando mi humilde numen
honra el estruendo alegre,
yo sólo de mi hermosa,
yo lloro los desdenes.

¡Oh! Callen los aplausos
mientras su amor me niegue,³³
que amante despreciado

³³ Alusión a su momento de mayor éxito como dramaturgo gracias a *Macías*, drama histórico estrenado en septiembre de 1834, y la comedia *El arte de conspirar*, en enero de 1835.

de ella, no los merece.

Dila que ya estos lauros
arranque de mis sienes;
yo todos se los trueco
por sólo un beso ardiente;
que me corone un día
de amor y de placeres;
y coja quien los quiera
los fútiles laureles.

Recuerdos

Lisboa, mayo de 1835

Ya es la noche bien cerrada,
Y entre las oscuras sombras,
Del bravo viento impelidas
Se ven reluchar las ondas.

En el inquieto elemento
De la bahía anchurosa
Solo el balance alternado
Del surto buque se nota.

Que ni bergantín velero
La rauda corriente corta.
Ni a la gaviota se siente
Buscar abrigo en las rocas.

Solo al lejos se divisan
Columpiándose las cofas
De una ligera falúa
Que presta al viento su lona;

Y lejos, tras sí dejando
Las peninsulares costas,
Confusamente aparece
Vuelta a los mares la proa.

Tal vez la rápida llama
De un relámpago colora
La vacilante cubierta
De la nave nadadora;

Y el delineado contorno
De una misteriosa sombra
Entonces a ver se acierta
Puesta en pié sobre la popa,
Nube de dolor envuelve
Su frente altiva y rugosa,
Y en firme actitud parece
Ser el genio de las olas.

Ora en la ciudad de Ulises
Clavando la vista torva
Ora contemplando triste
La marejada espumosa.

Tan presto un hondo suspiro
De su corazón rebosa,
Como a sus trémulos labios

Sonrisa amarga se asoma.
Al fin lanza de su pecho
La voz destemplada y ronca,
Y así al Tajo, que le escucha.
Con triste acento apostrofa:
«Río Tajo, río Tajo
El de la corriente undosa,
El de las arenas de oro,
El que padre España nombra;
»Tú me viste más felice
Que infeliz me ves ahora;
Aun no pasaron seis lunas
Y pasó mi dicha toda
»Risas y juegos y amores
Me tejían la corona;
Mas era de flores leves
Que un leve soplo deshoja.
»Y hoy mas lágrimas ardientes
De mis pobres ojos brotan
Que turbias ondas revuelves
Contra el muro de Lisboa;
»Que amor, como tú, en su origen
A vogar manso provoca
Al incauto navegante
En sus aguas humildosas;
»Y, a su fin, crecido y fuerte
y caudaloso le ahoga,
De sus esfuerzos burlando
En la barra procelosa.
»Lleva a los mares mis quejas.
Ya que tu corriente loca
No te consiente tornarlas
Adonde está mi Señora.
»Tal vez ora con tus aguas
Mezcla lágrimas copiosas,
Y tú al mar llevas con ellas
Al mismo que las provoca.
»Tú que fecundante bañas
Las regiones españolas,
Desde el alcázar de Reyes
Que Aranjuez rico decora,
»Hasta las playas de Luso,
Archivo de tantas glorias,
Deja un punto para oírme
Sus venerandas memorias
»Que hartos sin ti de los Gamas
Los altos hechos pregona
El mundo todo, asombrado
Desde el Brasil hasta Goa.
»Si, en tu curso hasta los mares,
Algún alma generosa
hallas a enjugar propicia

Mis lágrimas abundosas;
»Si lusitanas bellezas
Mi muda lira provocan.
Si el tributo le demandan
De admiración amorosa;
»Diles ¡ay! que ya tan solo
Ecos de dolor entona
Para amores y placeres;
Que sus cuerdas yacen rotas;
»Diles, que errante y perdido
El vate infeliz se arroja
Al mar, maldiciendo acaso
La misma patria que adora;
»Que busca paz en el golfo
Y sepultura en las olas.
Que su musa es la desgracia
Que las tormentas invoca;
»Que no heredó de Camoes
Sino la desdicha loca,
Mas no con el plectro dulce
La inspiración que le endiosa;
»Diles que tan solo un voto
La amistad para ellas forma:
¡Plegue a Dios que no amen nunca
Las que aun el amor ignoran!
»¡Plegue al cielo que en su vida
Las baga el amor dichosas!
Que son del amor las dichas
Mas amargas que las ondas.
»Como ellas también volubles,
Como ellas alhagadoras,
Pérfidas también como ellas
Y como ellas azarasas.
»Esto diles, y en tu curso
Si ha de ser mi última hora,
Haz que tus ondas me traigan
El nombre de mi Señora.»
Aún sonaban los acentos
De la sombra misteriosa,
Y ya apenas se estrellaban
En los muros de Lisboa.
Lejos de la playa amiga
El batel humilde voga;
Tal vez se hunde en los abismos,
Tal vez en las nubes toca.
Arrecia el viento irritado
Sacudiendo la ancha lona:
Un punto negro es el barco
Entre la espuma furiosa.
Montes de agua lo combaten,
Vientos opuestos le azotan,
Ardientes rayos le abruman.

Continuos truenos lo asordan,
Y con la tormenta el vate
Confunde su voz sonora,
Y en su último acento se oye.
El nombre de su Señora.

LARRA. ANATOMÍA DE UN DANDY Francisco Umbral, 1965

Ensayo liminar

Hay una línea de pensamiento crítico español que podríamos apuntalar someramente en estos tres nombres: Quevedo, Larra, Valle-Inclán. Es la línea de los rebeldes con causa, de los españoles que deciden ser espejo implacable, aunque exornado, para sus compatriotas. Hombres de vida y obra a contrapelo de España y de cualquier clase de españolidad. Puntos de escándalo, piedras de disidencia. Penínsulas de pensamiento dentro de la Península.

Lo que singulariza a estos hombres lo sabremos situándoles en una línea de paralelismo con otra corriente de paralelismo crítico español que pudiéramos encarnar en Cervantes, Pérez Galdós, Machado. La modestia itinerante de Cervantes, el vivir mesocrático de Pérez Galdós, la humildad docente de Machado están más entrañados en el alma española. Ellos critican desde la abstención, como nuestro pueblo, que tira la piedra y esconde la mano.

Quevedo, Larra, Valle son nuestros raros, nuestros desarraigados. Ellos no critican desde la trabada homogeneidad del pueblo, sino en solitario, revueltos contra ese pueblo mismo, rechazando tanto su mostrenca sensatez como las arbitrariedades de cualquier aristocracia. Y ofreciendo blanco al fuego de unos y otros. A sus nombres podríamos añadir el de un pintor: Goya. El otro trío excelso también cuenta con su pintor: Velázquez.

Quevedo es el primero y más grande de nuestros desarraigados. Es un dandy anterior al dandismo. Quevedo inicia en la literatura y en la vida españolas el estilo desafiante, la insolencia. No critica amparándose en las viejas sabidurías populares, como Cervantes, sino a cuerpo limpio. La influencia de Quevedo en Larra no es una influencia, sino una secreta continuidad.

El dandismo es un fenómeno característicamente europeo. Byron, Brummel, Baudelaire, Larra... A propósito del dandismo, Baudelaire ha escrito: "La palabra dandy implica una quintaesencia de carácter y una inteligencia sutil de todo el mecanismo moral; pero, por otra parte, el dandy aspira a la insensibilidad". Y Jean-Paul Sartre, glosando lúcidamente a Baudelaire: "Está claro que el dandismo representa un ideal más elevado que la poesía. Se trata de una sociedad de segundo grado concebida sobre el modelo de la sociedad de artistas que Flaubert, Gautier y los teóricos del Arte por el Arte habían forjado. De ese modelo saca las ideas de gratuidad, de solidaridad mecánica y de parasitismo [...] El culto de lo bello que produce obras estables y duraderas se trueca en amor a la elegancia, porque la elegancia es efímera, estéril y perecedera". Qué cerca estamos del "solo lo fugitivo permanece y dura", escrito por nuestro Quevedo. Y de nuevo Sartre: "El dandismo es un *club de suicidas* y la vida de cada uno de sus miembros no es sino el ejercicio de un suicidio permanente".

Sartre sobre el dandismo de Baudelaire: "El dandismo es también una defensa contra los demás. Su dandismo es la defensa de su timidez". Y qué necesaria resulta esa defensa en España. El estilo desafiante de Quevedo no es sino eso: una defensa contra los demás.

Para Baudelaire (*El arte romántico*), "La perfección del arreglo consiste a los ojos del dandy en la simplicidad absoluta". El dandy español, pariente a su pesar del caballero y del hidalgo, se mantiene mejor en tono de virilidad nada equívoca. Larra, su persona y su indumentaria, son una respuesta a la zafiedad de los madrileños. Sabe que un pueblo no se salva por un justo, y que él no es ese justo. Y

mantener, a pesar de todo, el esfuerzo, la tensión, la actitud, es lo que le da grandeza a su despegada manera de vivir y de escribir. Ha alcanzado el parasitismo, pues está al servicio de una causa ideal que nadie sigue ni a nadie beneficia; ha alcanzado el dandismo.

Larra nace en 1809, el mismo año que Poe, Gogol y Darwin. Dos años más tarde, Chopin, Schumann y Musset. Pertenece a la llamada segunda generación romántica, que es considerada como la más importante. Es la de Heine, Balzac, Victor Hugo, Dumas padre, Delacroix, y, en España, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Fernán Caballero, Espronceda, Zorrilla. Para entender este ápice del Romanticismo debemos diferenciar las dos ramas en que se bifurca el naciente movimiento revolucionario. Chopin baña en lunas musicales a una humanidad que Balzac ha desentrañado avariciosa y miserable.

Porque no todo en el Romanticismo es fuga caprichosa, escapismo corazonal, vaguedad y fantasía. Muy al contrario, si el hombre romántico empieza a sentirse libre para el delirio, es porque Darwin va a adjudicarle un origen nada grandioso, va a desacralizarlo. Despojado del peso de la púrpura, el hombre se reconoce menesteroso, pero más libre. Y esta libertad llega a marearle. Años más tarde, Kierkegaard escribirá que "la angustia es el vértigo de la libertad".

En España, Larra encarna como ninguna otra figura esa poco vista ambivalencia romántica pensamiento-sentimiento. Por eso le hemos llamado príncipe de nuestro Romanticismo. Larra es el romántico ideal. Reúne en sí la frialdad científica de Darwin, la objetividad psicológica de Balzac y el apasionado sentir de los románticos oficiales, apasionado sentir que lleva, mejor que a su obra, a su vida y su muerte.

Larra es un romántico que piensa; es decir, el verdadero romántico. Solo se es algo de verdad si se es además una cabeza que piensa. Y, en todo caso, siempre valdrá más quedarse en cabeza pensante que en estatua descabezada, como casi todos nuestros otros románticos.

Larra es un romántico consciente. No es un adalid del romanticismo callejero que solo encubre nerviosismos juveniles. Estudia minuciosamente el neoclasicismo burgués que ha engendrado esa reacción y esa rebeldía de los jóvenes. Quiere levantar un dique de pensamiento con su obra, con sus artículos. Y, con igual objetividad, acierta a detectar la verdadera angustia romántica donde efectivamente se encuentra: en las escasas gentes que piensan y, por supuesto, en su propio corazón.

Profundamente español, ejerce de afrancesado. Corrige su patriotismo con su europeísmo, evitando así caer en la patriotería fácil de otros españoles. Profundamente romántico, escribe como un clásico. Profundamente desesperanzado, corrige su desesperanza con la fe en unos ideales proclamados y venideros en una libertad ideal.

Veamos a sus contemporáneos a través del propio Larra. Por su famoso artículo sobre el público sabemos que la masa solo existe para él como una adición de individualidades imperfectas. Lo cual no supone un desprecio de lo social. Sería demasiado fácil adjudicarle un desprecio señoril de la multitud, del pueblo. Desarraigado de lo popular, tampoco hay que suponerle con raíces en ninguna clase de aristocracia. Le interesa el pueblo como posible vivero de individualidades, no como multitud amotinada y anónima.

En *Vuelva usted mañana* no se trata ya de masa sin cualificar, sino de profesionales, de burócratas, de toda la fábrica administrativa del país. Ahora su pluma sí es implacable, porque no está atacando al individuo inerte, sino a ese mismo individuo revestido de autoridad, por una parte, y a todo un sistema político-social, de otra. Contra el funcionario y contra la sociedad que lo ha acuñado y lo

sostiene sí tiene graves cargos que hacer. La contradicción personal es que Larra trabaja todos los días. Predica, pues, con el ejemplo a la indolente burocracia española. Pero este ejemplo va contra sí mismo, que adopta en sociedad el aire ocioso que conviene al más perfectamente desocupado dandy.

Deseo poner el énfasis en cómo entiende Larra al hombre cuando lo toma de uno en uno, en lugar de soportarlo como pueblo. En uno de sus artículos más trascendentes, sobre la condena a muerte de un baratero, pide la abolición de la pena de muerte, lo que supone una anticipación en el tiempo y en el espacio que resulta asombrosa. Larra defiende al baratero culpable con un fervor que solo puede darse en él, en un vocacional de la singularidad. Una guerra de barateros contra granaderos le habría inspirado una crónica llena de ironía. La muerte de un solo baratero le crispa la mano sobre la pluma.

En *El castellano viejo*, Larra satiriza a otro estamento español, la clase media acomodada, tradicional y cómicamente segura de sí. En pocos artículos como en este se hace explícito el antagonismo del afrancesado, europeizante, dandy y desarraigado Larra con respecto de sus compatriotas más irrazonadamente arraigados a una España que creen exclusiva y excluyente.

Por lo que se refiere al mundo estrictamente literario, Larra satiriza la literatura pseudorromántica, ataca en particular a santones como Martínez de la Rosa, a adversarios como Bretón de los Herreros. Larra está solo en su almena de sobriedad y contención, de claridad y estilo. Solamente Espronceda se le acerca en autenticidad de sentimiento. Zorrilla, relevo de Larra en la historia de nuestro Romanticismo, por su calaverada poética en el entierro de *Fígaro*, no es sino un impostor. Con el tiempo, Zorrilla queda en lo que hemos llamado una estatua descabezada. Es, como tantos otros románticos, una figura, una actitud, antes que una cabeza pensante. Bécquer, ya en la generación posterior, eleva una pura sustancia romántica que, en todo caso, poco tiene que ver con la frialdad de Larra. Son los escritores del 98 quienes encuentran en él un precursor. La vigencia actual de Larra es la vigencia eterna de una cabeza pensante en un mundo de estatuas descabezadas.

CRÍTICA SOCIAL Y POLÍTICA

Cualquier estamento social puede merecer las inectivas de Fígaro, excepto el trono, ante el cual los dardos lanzados por su “atrevida sin hueso”³⁴ se vuelven flores. En *Corridas de toros* se dirige con la mayor reverencia a “nuestro actual Soberano (que Dios guarde)”³⁵, igual que en *¿Qué hace Su Majestad...* a “Sus Majestades (que Dios guarde) la Reina nuestra señora y la Reina Gobernadora”³⁶. En ese mismo artículo deja clara su admiración por la *década ominosa*, que él llama “prodigiosa” por haber sido “el periodo de mayor progreso en la historia de España”. Y remata ampliando el abanico de agradecimientos: “Hace años que el Gobierno, granjeándose la gratitud de sus súbditos, comunica a muchos ramos de prosperidad cierto impulso benéfico, que ha de completar por fin algún día la grande obra de nuestra regeneración”.

Fígaro fustiga mayormente las costumbres, y rara vez a un individuo con nombre y apellidos. El aspirante a rey Carlos María Isidro y sus adláteres, el obispo Joaquín Abarca y fray Pedro Jiménez Vaca, son excepciones.

Uno de sus temas predilectos, quizá como autocrítica, es el discurso moralizador sobre los errores y vicios de los jóvenes. Consciente de que su censura resulta chocante viniendo de alguien de veintipocos años, en estos artículos suele adoptar la figura del amigo mayor, el tío (probablemente inspirado en su tío Eugenio) o cualquier otro protector del personaje criticado.

Como el propósito de este trabajo no va más allá del mero apunte, he abreviado (profanado) los artículos incluidos en él. Los textos entre corchetes son apreciaciones mías.

El café
Corridas de toros
Sátira contra los vicios de la corte
Empeños y desempeños
El casarse pronto y mal
El castellano viejo
Carta de Andrés Niporesas al Bachiller
Vuelva usted mañana
Muerte del Pobrecito Hablador
En este país
Nadie pase sin hablar al portero
¿Qué hace en Portugal Su Majestad?
Lo que no se puede decir no se debe decir
La policía
Un reo de muerte
Los barateros
El Día de Difuntos de 1836
La Nochebuena de 1836

³⁴ Así califica su lengua en *Empeños y desempeños*.

³⁵ ¡Ojo, que se refiere al sanguinario Fernando VII, el monarca absolutista que sumió a España en el terror e hizo ejecutar a Rafael del Riego, al general Torrijos, al librero Miyar...!

³⁶ La reina Isabel II, de tres años de edad, y la regente María Cristina.

El café

(Neque enim notare singulos mens est mihi
Verum ipsam vitam et mores hominum ostendere.
Fedro, *Fab*, Pro, I, III.³⁷)

No sé en qué consiste que soy naturalmente curioso. Este deseo de saberlo todo me metió no hace dos días en cierto café donde suelen acogerse a matar el tiempo y el fastidio dos o tres abogados, un médico, cuatro chimeneas ambulantes que no podrían vivir si hubieran nacido antes del descubrimiento del tabaco, y varios de estos que apodan en el día con el tontísimo y chabacano nombre de lechuguinos, alias botarates.

Seguro de que nadie podría echar de ver mi figura, que por fortuna no es de las más abultadas, me puse en estado de atrapar al vuelo cuanta necedad iba a salir de aquel bullicioso concurso. Se hablaba de la derrota naval de la escuadra turcoegipcia [que facilita a los ingleses apoderarse de Constantinopla. En otra mesa, un literato despotrica contra los pseudoautores.] ¡Cuánto mejor viviríamos a oscuras que alumbrados por esos candiles de la literatura!

Levantéme cansado de haber reunido tantos materiales para mi libreta; pero quise echar un vistazo, antes de marcharme, por varias mesas. Un subalterno vestido de paisano hablaba con una que parecía joven. Otro [afectaba] estar solo con mucho placer, indolentemente tirado sobre su silla. Apartéme de él porque me fastidian los hombres vanos; en otra mesa reparé en otra clase de tonto que compraba los amigos que le rodeaban a fuerza de sorbetes y creía que todos eran efectivamente amigos, porque por cada bebida se lo repetían un millón de veces.

(*El Duende Satírico del Día*, 26 de febrero de 1828.)

Corridas de toros

«Vous connaissez l'horreur des spectacles affreux / dont les romains faisaient le plus doux de leurs jeux. / Ce peuple qui donnait, par un mépris bizarre / a tout peuple étranger le titre de barbare / ne repaissait ses yeux que des pleurs des mortels / et de sang arrosait ses théâtres cruels, / aux tigres, aux lions livrant des misérables / il se divertissait de leurs cris lamentables; / il exposait aux ours des esclaves tremblants / pour en voir disperser tous les membres sanglants, / le grave sénateur courait à ces supplices, / et la jeune vestale en faisait ses délices.»³⁸

(*M. Racine, fils: Épitre à madame la duchesse de Noailles sur l'âme des bêtes*)

«Ejercite sus fuerzas el mancebo / en frentes de escuadrones: no en la frente / del útil bruto l'asta del acebo /.../ Gineta y cañas son contagio moro; / restitúyanse justas y torneos, / y hagan paces las capas con el toro.» (*Quevedo: Epíst. satír. y censor.*)

Estas funciones deben su origen a los moros, y en particular, a los de Toledo, Córdoba y Sevilla. Estos fueron los primeros que lidiaron toros en público. Los españoles sucesores de Pelayo tomaron de sus conquistadores estas fiestas cuya atrocidad era entonces disculpable, pues que entretenía el valor ardiente de los

³⁷ Me interesa mostrar la vida y costumbres de los hombres.

³⁸ Ya conoces el horror del espectáculo terrible / que los romanos convirtieron en el más dulce de sus juegos. / Ese pueblo que dio, por un raro desprecio, / a todos los extranjeros el título de bárbaro, / nunca volvió la mirada ante las lágrimas de los mortales / y la sangre que regaba sus crueles teatros. / A los tigres, a los leones entregaba desdichados / y se divertía con sus gritos lastimosos; / ofrecía a los osos esclavos trémulos / por ver esparcidos sus miembros sangrantes. / El senador adusto acudía a esos suplicios, / y la joven vestal hacía sus delicias.

guerreros en las suspensiones de armas para la guerra y acostumbraba al que había de pelear a mirar con desprecio a un semejante suyo si acababa de aterrarse a una fiera más terrible. El primer español que alanceó a caballo un toro fue nuestro héroe Rodrigo Díaz de Vivar, dicho el Cid.

[Incluye Fígaro la conocida quintilla de Nicolás Fernández de Moratín *Fiesta de toros en Madrid*: «Madrid, castillo famoso / que al rey moro alivia el miedo, / arde en fiestas en su coso / por ser el natal dichoso / de Alimenón de Toledo.³⁹»]

En el resumen historial de España de Francisco de Cepeda, hablando del año de 1100, dice que en él se corrieron en fiestas públicas toros, «espectáculo sólo de España». Y por nuestras crónicas se ve que en 1124, en que casó Alfonso VII, entre otras funciones hubo fiestas de toros.

En el siglo XIII, después de hechas las paces con los moros, fue cuando nuestra nobleza, que parecía quedar ociosa, se entregó a esta clase de diversiones, haciendo de ellas una función nacional. Los nobles quisieron competir con Muza, con Gazul y otros granadinos que se distinguían en la lid con los toros. La admiración pública, la novedad, y, sobre todo, el espíritu algún tanto feroz de aquellos tiempos de guerra y de incivilización, contribuyeron no poco a poner en boga esta diversión. Los reyes mismos [no desdeñaron] dejar el cetro para empuñar el rejoncillo. La influencia de estos arrastró la opinión general, y no hubo noble que no quisiese imitar al monarca.

Como los toros era una fiesta privativa de los nobles, le era prohibido a la plebe el entrometerse en ella hasta el toque de desjarrete, el que sonaba después de que los caballeros habían alanceado completamente al toro. Entonces, la multitud se arrojaba a las plazas, no de otro modo que en nuestras insoportables y brutales novilladas, armada de palos, chuzos y venablos, y corría a matar al toro como podía. [La muerte de 19 caballeros romanos en 1332 motivó la prohibición de los toros en Italia.]

La Reina Católica trató de exterminar [estas fiestas] y juzgó imposible el conseguirlo, como lo asegura a su confesor en una carta que le escribió desde Aragón. Se cree que la primera [plaza de Madrid] estuvo situada en frente de la casa de Medinaceli; después se trasladó a la plazuela de Antón Martín; otra hubo en el Soto Luzón, y últimamente, la que existe fuera de la Puerta de Alcalá, cuya magnífica construcción parece querer rivalizar con los circos romanos.

Pero siguiendo la historia de los toros, es sabido que el señor Carlos I les tuvo la mayor afición, y dicen sus contemporáneos que picaba y rejoneaba los toros con gran destreza, y en celebridad del nacimiento de su hijo el rey don Felipe II mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid. [Nombra Fígaro otros afamados teóricos y prácticos de los toros.] Felipe II, que no pudo heredar de su padre el valor [ni] el gusto a las fiestas de los toros, fue el primero que las prohibió en el año 1565, en un Concilio de Toledo para el remedio de los abusos del reino. En este Concilio se declaró que las funciones de toros son muy desagradables a Dios [y se prohibió] bajo pena de excomunión correr o lidiar toros⁴⁰. El Papa San Pío V, en su bula *De salute gregis* [La salud del rebaño], expedida en 1567, prohibió, bajo las penas de excomunión y anatema *ipso facto incurrendas*, a todo príncipe el permitir las, privando de sepultura sagrada a los toreros que murieran en ellas. Pero después, en el reinado del mismo Felipe II, hacia 1580, y en el de Felipe III, hacia 1600, los papas Gregorio XIII y

³⁹ Alí Menón fue un rey moro de Iznatoraf, en Jaén. Sabiendo que su esposa leía textos cristianos mandó que le cortasen las manos y le sacasen los ojos. Cumplida la orden, la mujer invocó el socorro de Santa María. Su fe obró un doble milagro: la restitución de lo cercenado y la conversión del rey al cristianismo.

⁴⁰ Este mismo canon se renovó en el año 1682 en el Sínodo de Toledo.

Clemente VII levantaron aquella excomuni3n. En el a1o 1619, Felipe III renov3 y perfeccion3 la plaza de Madrid.

Habiendo empezado las guerras de Sucesi3n, Felipe V fue el segundo monarca que prohibi3 los toros. Sus sucesores, Fernando VI y Carlos III, prohibieron los toros a menos que no se invirtiese su producto en obras p1as. Bajo este concepto, el se1or rey don Carlos IV y nuestro actual Soberano (que Dios guarde) ha concedido cierto n1mero de corridas con el piadoso objeto de socorrer a aquellos vasallos desvalidos que la desgracia ha reducido a un hospital.

Los toros, [que] antes eran una prueba del valor espa1ol y ahora solo lo son de la barbarie y ferocidad, han enriquecido considerablemente en las fiestas una porci3n de medios que se han a1adido para hacer sufrir m1s al animal y a los espectadores racionales: el uso de perros, el uso de banderillas sencillas y de fuego, y la saludable costumbre de arrojar el bien intencionado pueblo a la arena los desechos de sus meriendas.

As1 es que amanece el lunes y parece que los habitantes de Madrid creen que todo el tiempo es corto para llegar al circo, adonde van a ver a un animal tan bueno como hostigado, que lidia con dos docenas de fieras disfrazadas de hombres que se disputan el honor de ver volar sus tripas por el viento a la faz de un pueblo que tan bien sabe apreciar este hero1simo mercenario. All1 parece que todos acuden orgullosos de manifestar que no tienen entra1as, y que su recreo es pasear sus ojos en sangre, y r1en y aplauden al ver los destrozos de la corrida.

Hasta la sencilla virgen, que se asusta si ve la sangre que hizo brotar la aguja de su dedo delicado; la tierna casada, que en todo ve sensibilidad, se esmeran en buscar los medios de asistir al circo, donde no solo no se alteran ni de o1r aquel lenguaje tan ofensivo ni se desmayan al ver vaciarse las tripas de un cuadr1pedo noble. El artesano irremisiblemente asiste y se divierte. Estos parcos espa1oles se contentan con ser dichosos el domingo y el lunes y reservan para los dem1s d1as el trabajar la obra y las bien cuidadas costillas de su mujer. Bien que hay alguna que no sabr1a vivir sin este desahogo, porque cree que estas son las pruebas de cari1o m1s marcadas que puede dar un marido espa1ol y cari1oso; todo es a lo que el cuerpo se acostumbra.

Una clase de entes no va a estas reuniones: esa bandada de sentimentales que han pasado el Bidasoa [en cuyas aguas] se despojaron de todo lo espa1ol que llevaban, y volvieron a los dos meses haciendo ascos de su antiguo puchero y no sabiendo c3mo llamar a su padre. Para estos son ins1pidos los toros, y repiten con 3nfasis: *Funci3n b1rbara*.

Venga todo el mundo a unas fiestas en que, como dice Jovellanos, el *crudo majo hace alarde de la insolencia; donde el sucio chispero profiere palabras m1s indecentes que 3l mismo; donde la desgarrada manola hace gala de la impudencia; donde la continua griter1a aturde la cabeza m1s bien organizada; donde la apretura, los empujones, el calor, el polvo y el asiento incomodan hasta sofocar, y donde se esparcen por el infestado viento los suaves aromas del tabaco, el vino y los orines*.

[Concluye el art1culo con dos composiciones po3ticas: *A Pedro Romero, torero insigne*, de Nicol1s Fern1ndez de Morat1n ("en el sangriento coso matritense, / en cuya arena intr3pido se planta / el vencedor circense /.../ Va ufano al espantoso desaf1o, / ¡con cu1nto se1or1o! / ¡qu3 adem1n varonil! ¡qu3 gentileza!"), y *El torador nuevo*, cuento de Calder3n de la Barca.]

(*El Duende Sat1rico del D1a*, 31 de mayo de 1828.)

Sátira contra los vicios de la Corte (Artículo enteramente nuestro)

«... A nadie se ofenderá, a lo menos a sabiendas; [...] si algunas caricaturas por casualidad se parecieran a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija.»
El Pobrecito Hablador, núm. 1º *Dos palabras*.

⁴¹...al paso que en cárcel mil pobretes / por un duro se mueren de ictericia,
/ ése pasea libre de corchetes; / porque es conde y señor, y aunque desquicia / con
su vivir el orden, insolente, / de las leyes se burla y la justicia [...] Mal haya para
siempre el torpe suelo / donde el pícaro sólo hace fortuna, / donde vive el honrado
en desconsuelo, / donde es culpa el saber; donde importuna / la ciencia, y donde el
genio perseguido / ahogados mueren en su propia cuna [...] donde al ciento por
ciento da prestado / sin que nadie lo mate, un usurero, / y vive rico, alegre y
respetado; / donde el abate, aquel farandulero / que mudó de opinión cual de
camisa, / lleva su moza al Prado de bracero; / donde marcha, la faz bañada en risa, /
el crimen descarado, alta la frente, / corrompiendo el terreno por do pisa. / ¿Y esto
es vivir, Andrés? ¿Y entre esta gente me invitas a quedarme?

El Bachiller Juan Pérez de Munguía
(*El Pobrecito Hablador*, 24 de agosto de 1832)

Empeños y desempeños (Artículo parecido a otros)

Tenía yo mi imaginación buscando un tema nuevo sobre que dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, y acaso nunca lo hubiera encontrado, porque entre tantas apuntes como tengo hacinadas, acaso dos solas contendrán cosas que se puedan decir.

Tengo un sobrino que ha recibido una educación de las más escogidas que en nuestro siglo se suelen dar; sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien, no cosas dignas de ser leídas; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces, pero en cambio cree en chalanes y rufianes. Con esta exquisita crianza ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que más lugar ocupan en la corte. [El sobrino ha empeñado una repetición⁴² y pide a su tío cien duros para recuperarla. Fígaro coge el dinero y acompaña a su sobrino hasta la casa de los prestamistas, en quienes reconoce a dos personas de la alta sociedad.] Avergonzaronse ellos de hallarse sorprendidos en tal ocupación que [comprometía] su buen nombre. [Mientras el sobrino pasa a un gabinete con uno de los prestamistas, Fígaro se retira a una zona oscura para desde allí presenciar sin ser visto los apuros de los clientes: un joven mujeriego en pos de una nueva conquista, una señora que da una gran fiesta y no tiene qué ponerse, un empleado que no llega a fin de mes, «un jugador perdidoso» que necesita dinero para seguir perdiendo, otro ganancioso que aprovecha la buena racha para recuperar lo anteriormente perdido... La razón de tanto trapicheo es que] el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande príncipe. ¿Cómo se puede vivir haciendo menor papel que el vecino? ¡Oh utilidad de los usureros!

(*El Pobrecito Hablador*, 26 de septiembre de 1832)

⁴¹ Tercetos hechos a trompicones, enfermos de arritmia crónica y encabalgamiento incómodo. En *El casarse pronto y mal* el mismo Larra nombra este tipo de composiciones "satirillas en tercetos".

⁴² Tipo de reloj que repite la señal horaria que acaba de dar.

El casarse pronto y mal

(Artículo del Bachiller)

⁴³Habría observado el lector que no seguimos método, ni observamos orden, ni hacemos sino saltar de una materia en otra, como aquel que no entiende ninguna, cuándo en mala prosa, cuándo en versos duros. Efectivamente, tal es nuestro plan.

—No tienen más defecto esos cuadernos —nos dice un hombre pacato— que esa audacia incomprensible, ese atrevimiento cínico con que usted descarga su maza sobre las cosas más sagradas.

[Como este supuesto lector, otros piden al autor más tolerancia, más acritud, más verso, más prosa, política, literatura... Pasa luego el autor a presentar un sobrino.]

Éste era hijo de una mi hermana, la cual había recibido aquella educación que se daba en España no hace ningún siglo: es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba solo las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, se cuidaba de que no estuvieran las niñas balconeando, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas hubiesen a las manos algún libro de los prohibidos, ni aquellas novelas que, a pretexto de inclinar a la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educación fuese mejor ni peor que la del día; solo sabemos que vinieron los franceses y no fue necesaria mucha comunicación con algunos oficiales de la guardia imperial para [que mi hermana echara] de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. Casóse y, siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebía vino, emigró a Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo, pasó del Año Cristiano a Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenía. Dijo que el muchacho podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese a las manos, añadiendo que la religión era un convenio social en que solo los tontos entraban de buena fe; que *padre* y *madre* eran cosas de brutos y que a *papá* y *mamá* se les debía tratar de *tú*.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, salió despreocupado. Leyó, hacinó, confundió; fue superficial, vano, presumido, orgulloso, terco. Murió mi cuñado y Augusto regresó a España con mi hermana trayéndonos noticias ciertas de cómo no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta.

[Augusto] Por su desgracia acertó a gustar a una joven que no sabía gobernar la casa, pero se emaulaba en el cuerpo una novela sentimental, tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria porque tenía una bonita voz de contralto. A los cuatro días se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrían su correspondencia por las rendijas, sobornaban a los criados y, por último, un su mejor amigo presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracias, él y ella se llegaron a creer a pies juntillas que estaban verdadera y terriblemente enamorados.

⁴³ Es inevitable seguir el relato poniendo a sus protagonistas los perfiles de Larra y Pepita. El final moralizante suena a justificación del autor por su propio mal hacer en cuestiones conyugales.

Hay que advertir que somos nobles, lo que equivale a decir que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego a la nobleza, aunque no conservaba bienes, y esta es una de las razones porque estaba mi sobrinito destinado a morirse de hambre. [Tampoco] tenía la niña más dote que su instrucción novelesca y sus *duettos*. Los parientes, que previeron en qué podía venir a parar aquella inocente afición, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal. Hubo prohibición de salir y de asomarse al balcón, y de corresponder al mancebo; a todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, que en cuanto a comer, en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers. Poco más o menos fue la escena de Augusto con mi hermana; insistía en que [por] haberle criado y educado, nada le debía, pues lo había hecho por una obligación imprescindible; y a lo del ser que le había dado, menos, pues no se lo había dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso.

A los quince días, mi sobrino había ya reñido con su madre, arrojado de su casa y privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral. [Pero] nuestra Angélica y Medoro se veían más cada día, y se amaban más cada noche. Por fin otorgase la demanda, un amigo prestó a mi sobrino algún dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual a la que disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo. Pasemos un velo sobre las escenas terribles de tan amarga posición. Todavía se quieren, pero en casa donde no hay harina todo es mohína. Un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar a su familia a ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. [Augusto y Elena dejan de ver en el otro virtudes que ella ve ahora en] el amigo generoso de su esposo [y] sucumbe por fin a la seducción y a la falaz esperanza de mejor suerte. Una noche vuelve mi sobrino a su casa; sus hijos están solos. Se informa [de que] han salido en la diligencia para Cádiz. Reúne sus pocos muebles, los vende y hétele persiguiendo a los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz [Normal, vender los muebles le llevaría un tiempo. Cuando llega a Cádiz, localiza la pensión, entra en la habitación de los adúlteros y dispara sobre el seductor; ella, horrorizada, salta por la ventana. Consumada su venganza, Augusto escribe una carta a su madre, encomendándole la educación de sus hijos:] “Si queréis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos. Si no les podéis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoladora”. Acabada esta carta, se oyó otra detonación.

[Moraleja:] *Declaramos* positivamente que nuestra intención al pintar los funestos efectos de la poca solidez de la instrucción de los jóvenes del día ha sido persuadir a todos los españoles que debemos tomar del extranjero lo bueno, y no lo malo, lo que está al alcance de nuestras fuerzas y costumbres, y no lo que les es superior todavía. Religión verdadera, bien entendida, virtudes, energía, amor al orden, aplicación a lo útil y menos desprecio de muchas cualidades buenas que nos distinguen aún de otras naciones, son en el día las cosas que más nos pueden aprovechar.

Nuestra misión es bien peligrosa: los que la echan de ilustrados nos llamarán acaso del *orden del apagador*, y los contrarios no estará tampoco muy satisfechos de nosotros. Estos son los inconvenientes que tiene que arrostrar quien piensa marchar igualmente distante de los dos extremos. Dios sea con nosotros.

El castellano viejo

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir hace tiempo tengo establecido. Aldábame días pasados por esas calles a buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces a mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; más de una sonrisa maligna de los que a mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público.⁴⁴

[Tras hacerle alguna broma en mitad de la calle, como darle un manotazo en la espalda o cubrirle los ojos para preguntarle ¿quién soy?, un amigo, castellano viejo, invita a Fígaro a comer en “sus días” (su cumpleaños) y se despide dándole un torniscón⁴⁵.] En este mundo, para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. Ya habrá conocido el lector que mi Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama sociedad de buen tono. Defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien pudiera tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; es un hombre que vive de exclusivas. Se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba* y cuando tiene un resentimiento se le *espeta a uno cara a cara*. Llama a la urbanidad hipocresía; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; cree que toda la crianza está reducida a decir *Dios guarde a ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; a preguntar a cada uno por toda su familia, y a despedirse de todo el mundo.

[Para evitar que Fígaro (así lo nombra Braulio, además de “mi Bachiller”) se manche el frac, le hace ponerse una chaqueta.] Y en esto me quita él mismo el frac, *velis nolis*⁴⁶, y quedo sepultado en una chaqueta por la cual solo asomaba los pies y la cabeza. Se había creído capaz de contener catorce personas una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Colocáronme entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas, y uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio de tres.

[Las dificultades de los invitados llevan al anfitrión a reprochar a su mujer, que no puede sujetar alguna lágrima.] ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales? [Con tanta estrechez y brusquedades, Fígaro come y bebe más por la ropa que por la boca.] A Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro aire fresco de la calle, ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos a mi alrededor. ¡Santo Dios, líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que un convite es un acontecimiento, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que hay niños, en que reina la brutal franqueza de los castellanos viejos!

(*El Pobrecito Hablador*, 11 de diciembre de 1832)

Carta de Andrés Niporesas al Bachiller

Como quiera que me preguntes varias cosas iréte contestando como pueda, que ya sabes que en punto a coordinar mis ideas no soy fuerte, y en punto a

⁴⁴ Con frecuencia, Larra se interpreta a sí mismo como un hombre de edad avanzada. Cuando se publicó este artículo su autor tenía 23 años.

⁴⁵ Torniscón: pellizco retorcido.

⁴⁶ Literalmente, “quieras o no quieras”.

expresarlas, soy flojo. En cambio, encontrarás en mí buena fe, más que mediana inocencia, sana intención, y lo que vale más que todo, un respeto a todas las cosas y un miedo a todas las personas.

Mi desconfianza es tal que desde pequeñito dieron en llamarme *Niporesas*. Todo el mal de mi desconfianza en vivir yo más en lo pasado que lo presente: el caso es que he sido tonto, lo cual no es poca fortuna, porque hay otros muchos que lo son todavía, y muchísimos que lo serán hasta que mueran. Me han engañado muchas veces: de aquí procede que en día estoy reducido a no creer más que en Dios.

Mucho me agrada cuento me dices acerca de las Batuecas: al fin es mi país y tengo en eso fundada mi vanidad, aunque no hay un motivo.

Te doy la enhorabuena porque ya te han abierto las universidades. Supongo que te graduarás inmediatamente, cesando de escribir folletitos que no valen lo que pesan, y que te pueden pesar más de lo que valen⁴⁷.

[Nota del autor.] No tratamos de inculpar al justo gobierno que tenemos, precisamente ahora que vemos a [su] cabeza una Reina que, de acuerdo con su augusto esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora. Nosotros, deseosos de cooperar como buenos y sumisos vasallos a sus benéficas intenciones, nos atrevemos a apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que por la esencia de las cosas han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden, y mucho menos si se hacen las críticas embozadas con la chanza y la ironía y en un folleto que más tiene a excitar alguna ligera sonrisa que a gobernar el mundo. Solo hacemos pinturas de costumbres, no retratos.

[Pasa Andrés a dar noticia de su familia: Antoñito, de ocho años, ha sido nombrado capitán con sueldo y todo; a su tío Miguel, tras cuarenta y dos años de servicio, haber participado en todas las batallas, tener diecisiete heridas y haber perdido un ojo, le han ascendido a teniente; a Juanito le han hecho joven de lenguas (intérprete) sin hablar ninguna; a Frasco le denegaron la plaza de vista: se la dieron a un ciego por caridad; Julianita se las apañó para ocultar el hijo que tuvo de un amante y se casó con un joven muy rico que siempre había buscado “una mujer nueva para enseñarla a sentir”... En cuanto al que escribe, aún no ha conseguido empleo: siempre se lo dan a otro, “no parece sino que estudie con el mismo Barabás”.]

Ruega tú a Dios que los que me protegen me den pronto un empleílllo de esos de manos puercas, para dar en tierra con mi desconfianza, porque de no, me habré de meter a descontento, y es mal oficio. Si, por el contrario, me lo dan, entonces sí que diré que vivimos en la prosperidad. Tu amigo,

Andrés Niporesas
(El Pobrecito Hablador, 31 de diciembre de 1832)

Vuelva usted mañana (Artículo del Bachiller)

⁴⁸Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal a la pereza. Dentro de quince meses estaréis aquí todavía. Sabed que no estáis en vuestro país, activo y trabajador.

[El primer asunto los lleva a la oficina de un genealogista.]

⁴⁷ Recordando el retruécano de Quevedo: “¿Siempre se ha de sentir lo que se dice? ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?”

⁴⁸ Un francés, de nombre Sans-delai, se presenta en casa del Bachiller para pedir su ayuda en la resolución de ciertos trámites, convencido de que los tendrá resueltos en diez días.

Por mucho favor me dijo que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días. Pasaron tres días: fuimos.

—Vuelva usted mañana —nos respondió la criada—, porque el señor no se ha levantado todavía.

—Vuelva usted mañana —nos dijo al siguiente día—, porque el amo acaba de salir.

—Vuelva usted mañana —nos respondió el otro—, porque el amo está durmiendo la siesta.

—Vuelva usted mañana —nos respondió el lunes siguiente—, porque hoy ha ido a los toros.

Vímosle por fin, y «Vuelva usted mañana —nos dijo—, porque se me ha olvidado».

A los quince días ya estuvo, pero mi amigo le había pedido una noticia del apellido Díez y él había entendido Díaz.

[El siguiente escollo es un traductor. Y luego un escribiente, que todo lo hace mal “porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.” Después, un sastre, un zapatero, una planchadora, un sombrerero... “Así son todos. No comerán por no llevar la comida a la boca.]

Por último, después de cerca de medio año de subir y bajar [...] y de volver siempre mañana, salió con una notita al margen que decía: «A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado».

[Al pedir explicaciones a la negativa, la respuesta es:]

—En fin, señor Fígaro, es un extranjero. Con esas socaliñas vienen a sacarnos la sangre.

[Ante lo cual, Fígaro opone una defensa del inversor extranjero.]

—Un extranjero que corre a un país que le es desconocido para arriesgar en él sus caudales, pone en circulación un capital nuevo, contribuye a la sociedad a quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero, [...] necesariamente se establece y se arraiga en él, y a la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya ni puede serlo; sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna; al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido a dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dado de comer a los pocos o muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse.

[Tras ensalzar la hospitalidad de otros países, como Francia, Rusia o Estados Unidos, Fígaro se congratula de que las cosas vayan a cambiar en España con el nuevo Gobierno.]

Nota. —Con el mayor dolor anunciamos a nuestros lectores que estamos a punto de concluir el plan que en la publicación de estos cuadernos nos habíamos creado. Síntomas alarmantes nos anuncian que el hablador padece de la lengua. ¡Pobre Bachiller! Nos imaginamos *que morirá por su propia voluntad*.

(*El Pobrecito Hablador*, 14 de enero de 1833)

Muerte del Pobrecito Hablador

(Escríbela para el público Andrés Niporesas, su corresponsal)

¡Oh fragilidad de las cosas humanas! Caen y pasan los imperios, ¡y no habrán de caer y pasar los habladores! Un pañuelo en la mano, apoyada en esta la mejilla, mis cabellos esparcidos, los ojos arrasados en lágrimas, las huellas del dolor sobre mi frente... ¡Qué horror! El Bachiller... ¡ha muerto! ¿Murió de tener razón? ¿Murió de la verdad? ¿Murió de algún tragantón de palabras? Recorro con la vista la siguiente carta del infeliz escribiente del Pobrecito Hablador.

«Señor don Andrés Niporesas. Bien sabe usted que mi principal el señor Bachiller, que haya perdonado, dio en hablar por los codos. No fueron parte a atarle la lengua, ni los respetos debidos a los necios en todo país poco menos que civilizado, ni las consideraciones que la sinrazón merece entre nosotros. Bien sabe Dios que nunca fue la intención del señor Bachiller hablar mal de su país. ¡Jesús! ¡Dios nos libre! Antes queríalo como un padre a su hijo; bien se echa de ver que este cariño no es incompatible con cuatro zurras más o menos al cabo del año.

»Fue el caso que supo mi señor las habladurías que de su persona andaban, y cómo se corría en las Batuecas que después de tanto como había hablado y tan malo, no le sería posible dar la vuelta para allá, aunque quisiera, puesto que tendría miedo.

»Sintiéndose allí morir, no quiso expirar sin practicar todas las diligencias que a su conciencia debía como buen cristiano, porque ha de saber usted que *bueno* no diré, pero buen cristiano sí sé que era. Llamónos a todos, y luego que nos tuvo en derredor:

»—Hijos míos, no quiero que se diga que murió sin decir oste ni moste quien solo de hablar vivió. En cuanto a bienes, nada tengo que dejar sino el mundo en que he vivido, y ese bien sabe Dios que no lo dejo yo, sino que me lo hacen dejar. Dejo, pues, lo poco que se halle, si se halla algo, para misas por mi ánima. Y si se quejase mi hijo por ello, que tenga paciencia, que primero es mi alma que su cuerpo. Declaro y confieso en la hora de mi muerte que de miedo muero y estoy muy arrepentido de no haberlo tenido un poco antes. Me retracto no solo de todo lo que he dicho, sino también de lo que me he dejado por decir, que no es poco. Y esta retractación deberá entenderse reservándome el derecho de volverme a retractar cuando y como me acomode, si vivo; siempre tuve mis opiniones como mis vestidos, y cada día me puse uno. Arrepíentome de lo poquillo que en esta vida he sabido, porque no me ha servido sino de dogal; y hago voto de no volver a saber cosa de provecho si de esta me saca con bien su Divina Majestad; y si hubiese de resucitar, prometo de no volver a mirar libro alguno sino por defuera.

»Digo que en la corte no hay vicios, a pesar de mi segundo número, donde me dio por decir que sí. Confieso que el público es ilustrado, imparcial, respetable y demás zarandajas que de él se cuentan. Verdades serán cuando todo el mundo las dice. Ea, pues, hijos, yo me muero todo: tomad para vos este escarmiento: si apego teníais a vuestra tranquilidad, olvidad lo que sepáis; pasad por todo, adulad de firme, que por ello [nunca] prendieron a nadie; amad a todo el mundo con gran cordialidad, o a lo menos fingidlo si no os saliere de corazón... En fin... muero... ¡de miedo!»

Esta fue la carta. ¡Murió el que dijo la verdad! ¿Quién nos dirá de aquí en adelante que el que no es tonto en el mundo, es pícaro, y que los más son tontos-pícaros? ¿Quién nos dirá que no hay orgullo nacional, que no hay literatura, que no hay teatros, que no hay autores, que no hay actores, que no hay educación, que no hay instrucción?

Andrés Niporesas
(*El Pobrecito Hablador*, 26 de marzo de 1833)

En este país

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nación [como] las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Cae una palabra en los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo, ansioso de palabras, la recoge, la pasa de boca en boca, y la consagra, las más veces sin entenderla. La frase que forma el objeto

de este artículo [es] un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen.

En este país... Ésta es la frase que todos repetimos a porfía cualquiera que sea la cosa que a nuestros ojos choque en mal sentido. Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca a una transición, y en que, saliendo de las tinieblas, comienza a brillar a sus ojos un ligero resplandor [...] afectamos hacer ascos de lo que tenemos, para dar a entender a los que nos oyen que conocemos cosas mejores. Este *medio saber* nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos. ¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años a esta parte más rápidamente que adelantaron esos *países modelos*, para llegar al punto de ventaja en que se han puesto! ¿Por qué los que todo lo desprecian en el año 33 no vuelven los ojos a mirar atrás [cuando] no había más caminos en España que el del cielo; en que no existían más posadas que las descritas por Moratín en *El sí de las niñas*; en que los *chorizos* y *polacos* repartían a naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar a tragos la representación de las comedias de figurón y dramas de Comella; en que no se leía más periódico que el *Diario de Avisos*... No vuelvan a mirar atrás porque habrían de llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que *en este país* se ha verificado en tan breve espacio. Hace años que el Gobierno, granjeándose la gratitud de sus súbditos, comunica a muchos ramos de prosperidad cierto impulso benéfico, que ha de completar por fin algún día la grande obra de nuestra regeneración.

[Viene a cuento recordar que en *Vuelva usted mañana* Fígaro escribe: “un escribiente que sepa escribir no le hay en este país”.]

(*La Revista Española*, 30 de abril de 1833)

Nadie pase sin hablar al portero o los viajeros de Vitoria

¿Por qué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? Hete aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de París a Madrid, como si dijéramos estorbando, y exclaman: ¡*Nadie pase sin hablar al portero!*

Un carruaje procedente de la vecina nación [con] dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro [fue detenido en Vitoria por] un corpulento religioso [tras el cual] empezaron a aparecerse algunos facciosos con un Carlos V en el sombrero por escarapela. [Tras pedir que se ahorque al francés, los facciosos llevaron a los detenidos al interior de una casa donde] un padre más reverendo que los demás, comenzó a interrogar a los recién llegados. [A la vista del pasaporte del francés, expedido por el monarca francés, exclamó:]

—Nosotros no reconocemos a la Francia ni a ese don Luis. Por consiguiente, este papel no vale. [Y habiendo hecho un alarde de estulticia, ordenó quemar los libros y robar una colección que llevaba el francés. Parecido desvalijamiento sufrió el español, cuya declaración de súbdito de la Reina encrespó los ánimos del cabecilla:]

—¿No sabe usted, señor revolucionario, que aquí no hay más reina que el señor rey don Carlos V? Supuesto que ustedes van a la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Álava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia: el Gobierno de esta gran nación no quiere detener a nadie; pero les daremos pasaportes válidos. [El salvoconducto dice así:]

Año primero de la cristiandad. NOS fray Pedro Jiménez Vaca. — Concedo libre y seguro pasaporte a don Juan Fernández, de profesión católico, apostólico y romano, que pasa a la villa revolucionaria de Madrid...”

(*La Revista Española*, 18 de octubre de 1833)

¿Qué hace en Portugal Su Majestad?

[Don Carlos María Isidro, llamado por sus fieles *Carlos V*, se hallaba en Portugal desde 1832 —dada su negativa a jurar por princesa de Asturias a su sobrina Isabel—. Al morir Fernando VII, en octubre de 1833, don Carlos, apoyado por su sobrino don Miguel, fue reconocido como rey de España por el legitimismo portugués. Durante algunos meses, don Carlos montó en tierra lusitana un simulacro de Corte real —el primer “Gobierno español en el exilio”— cuya figura más representativa fue el obispo de León, don Joaquín Abarca. El Gobierno de Isabel II (Martínez de la Rosa) envió un cuerpo expedicionario a Portugal para extirpar aquella peligrosa amenaza. Nota del Editor: Planeta]

Si hemos de creer un decreto firmado en Villarreal, a 3 del pasado, por el obispo de León, hay tres Majestades distintas para una sola Monarquía verdadera: Sus Majestades (que Dios guarde) la Reina nuestra señora y la Reina Gobernadora; y Su Majestad (de que Dios nos guarde) el Rey desgobernador. [Éste] *hace* castillos en el aire; *hace* tiempo; *hace* que hace; *hace* ganas de reinar, *hace* reír, *hace* fiasco, *hace* mal papel, *hace* oración, se *hace* cruces... Pero el día en que hizo más todavía fue el 3 de marzo; no sabiendo ya qué hacer, *hizo* llamar a Joaquín. [Diálogo paródico entre Su Majestad y V.S. Ilustrísima.]

(*La Revista Española*, 8 de mayo de 1834)

Lo que no se puede decir no se debe decir

Podríamos clasificar [las verdades] en dos: la verdad que no es verdad y la verdad verdadera, que es la contenida en el epígrafe de este capítulo. Una cosa aborrezco, pero de ganas: esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposición, a quienes ningún Gobierno les gusta, para quienes no hay ministro bueno, que quieren que las guerras no duren, que haya libertad de imprenta, que todos sean milicianos urbanos... Yo no. Dios me libre. El hombre ha de ser dócil y sumiso, ¿qué quiere decir esa petulancia de juzgar a los que le gobiernan? La ley, señor, la ley. Quiero hacer un artículo, por ejemplo: no quiero que me lo prohíban. ¿Y qué hace usted para que no se lo prohíban?, me dirán esos perturbadores. ¿Qué he de hacer, hombres exigentes! Nada: lo que debe hacer un escritor independiente en tiempos como estos de independencia. Empiezo por poner al frente de mi artículo: *Lo que no se puede decir, no se debe decir*. Sentada esta provechosa verdad, abro el reglamento de censura: no me pongo a criticarlo, ¡nada de eso!, no me compete. Cierro los ojos, y venero la ley, y la bendigo, que es más.

Artículo 12. No permitirán los censores que se inserten en los periódicos artículos en que viertan máximas o doctrinas que conspiran a destruir o alterar la religión, el respeto a los derechos y prerrogativas del trono, el Estatuto Real y demás leyes fundamentales de la Monarquía.

Esto dice la ley. Ahora bien: doy el caso que ocurra una idea que conspira a destruir la religión. La callo, no la escribo, me la como. Éste es el modo. No digo nada del respeto a los derechos y las prerrogativas del trono, etc., etc. Me llamo aparte, y digo para mí: ¿No está clara la ley? Pues punto en boca. No lo pongo y no me lo prohíben. Los escritores debemos dar el ejemplo de la sumisión.

Desengañémonos: nada más fácil que obedecer. Éste será eternamente mi sistema; buen ciudadano, respetaré el látigo que me gobierna.

(Octubre de 1834. Publicado en la *Colección* de 1835.)

La policía

Así como hay en el mundo hombres buenos, también hay cosas buenas. Cosa buena es, por ejemplo, la previa censura. Que manda usted mal. ¿Pues no es cosa buena que nadie pueda decirle a usted una palabra? Que manda usted y no manda nada, ni bueno ni malo. ¿Pues no es un placer que si un escritorzuelo atrevido sale a decir: “Esto no marcha”, salga por otra parte el censor que usted le pone, y le escriba en letra desigual al pie del folleto: *Esto no puede correr*. Que es usted un sujeto de luces amigo del Gobierno y que tiene usted poco sueldo o ninguno, como suele suceder; vaya si es cosa buena que le den a usted 20.000 reales de sueldo solo por poner: *Esto no puede correr*. Replicarán los que viven de replicar que [...] En primer lugar, al sentar nosotros la proposición de que hay cosas buenas, no hemos dicho para quién. Países hay donde se cree que la perfección consiste en que las cosas sean buenas para los más; pero también hay países donde se cree en brujas.

Sabido esto, pocas cosas hay que se puedan comparar con la policía. La policía se debe al miedo. Todos tenemos miedo; los cobardes a todo; los valientes a parecer cobardes; el que más hace es el que más lo disimula. Preclaro es, pues, el origen de la policía. Un orador ha dicho que en todos los países la ha habido *con este o aquel nombre*. Es punto sabido que la había en Roma y en el consulado de Cicerón, y si la había en Roma es cosa buena; si a esto se añade que la hay en Portugal ya no hay más que saber. Venecia ha sido el Estado que ha llevado a más alto grado de esplendor la policía; pues qué otra cosa era el famoso tribunal pesquisidor de aquella República? La Inquisición no era tampoco otra cosa que una policía religiosa. [Austria, Polonia] Y si nos venimos más acá veremos que en Francia la instaló Bonaparte, uno de los amigos más acérrimos de la libertad, y tanto, que él tomó para sí toda la que pudo coger a los pueblos que sujetó.

A la policía debió el desgraciado Miyar su triste fin; y a la policía se debió aquella inocente treta por la cual se sonsacó de Gibraltar a un célebre patriota para acabarlo en territorio español [Torrijos]. De cuantos liberales han muerto judicialmente asesinados en los diez años, acaso no habrá habido uno que no haya tenido algo que agradecer a esa brillante institución; así hemos visto a nuestra policía recientemente hacer prodigios en punto a conspiraciones.

La policía se divide en política y en urbana. Y es cosa tan buena una como otra. Por la primera, supongamos que tiene usted un enemigo —¿quién no tiene un enemigo?—. Va usted a la policía, y con contar el caso, y con añadir que en la casa tienen pacto con *isabelinos*, hace usted prender a su enemigo⁴⁹. Para cualquier carrera se necesita saber algo, suponiendo que no haya favor o parentesco; pero para ser policía, basta con ser sordo. En los Estados Unidos y en Inglaterra no hay esta policía política; pero sabido es el desorden de ideas que reina en aquellos países; allí puede uno tener la opinión que le dé la gana; por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos, y nosotros no debemos seguir las

⁴⁹ La sociedad *isabelina* fue creada por los liberales fieles al constitucionalismo gaditano, con el propósito de derrocar el Estatuto moderado de Martínez de la Rosa y restablecer el Código político de 1812. *Nota del Editor*

mismas huellas de los países demasiado libres porque vendríamos a parar al mismo estado de prosperidad de aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre.

La otra policía es urbana. Esa es todavía más cosa buena que la otra. Entre las ventajas que produce nos contentaremos con los pasaportes, con los cuales va usted adonde quiere y adonde le dejan. Paga usted su peseta y ya sabe usted que tiene pasaporte. Por el mismo consiguiente saca usted su carta de seguridad, y ya está usted seguro de haber gastado dos reales.

(*La Revista Española*, 7 de febrero de 1835)

Un reo de muerte

[Aunque hay quien califica la crítica de] mordaz maledicencia, la imaginación más acalorada no llegará nunca a abarcar la fea realidad. Del llamado teatro dejéme deslizar al verdadero teatro, a esa sociedad donde, sin ensayo ni previo anuncio de carteles, se representan tantos y tan distintos papeles. Puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era más consolador éste que aquél; porque en las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirlo. Los hombres son la cadena unos de otros. De estos dos teatros vino a desalojarme una farsa que lo ocupó todo: la política.

Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal o cual manera porque de tal o cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razón; pero esta es la dificultad que hay para hacer reformas; he aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes a un pueblo esclavo por sus costumbres.

Este hábito de la pena de muerte, reglamentado y judicialmente llevado a cabo en los pueblos modernos es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo a un trozo de poesía romántica: *Para hacer bien por el alma / del que van a ajusticiar.*

Leída y notificada al reo la sentencia el desgraciado es trasladado a la capilla, en donde la religión se apodera de él como de una presa ya segura; la justicia divina espera allí a recibirle de manos de los humanos. Gran consuelo debe de ser el creer en un Dios cuando los hombres prescinden de uno.

[Descripción de los últimos momentos del reo:] vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de pies y manos sobre un animal. Un pueblo entero obstruye las calles del tránsito. Las ventanas y balcones están coronados de espectadores, que se apiñan para devorar con la vista el último dolor del hombre. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas?

No sé por qué al llegar siempre a la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignación y de desprecio. Pienso en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía.

La tablazón desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces. El reo ha llegado ya al patíbulo; en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo, diferencia esencial de la horca al garrote. Miré al reloj: las doce y diez minutos; el hombre vivía aún. De allí a un momento una lúgubre campanada de San Millán resonó por la plazuela; el hombre no existía ya.

(*Revista Mensajero*, 8 de marzo de 1835.)

Los barateros⁵⁰ o el desafío y la pena de muerte

La sociedad se ve forzada a defenderse cuando se ve acometida; en esta verdad se funda la definición del delito y del crimen. Pero la sociedad, al reconocer en una acción el delito o el crimen, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar como escarmentar; no se propone destruir al criminal, sino el crimen; su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Para esto comienza por atentar a la libertad del sospechado; la detención previa [debe ser reducida] a los términos de indispensabilidad, porque pasados estos comienza la detención a ser un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenación. Para el acusado, inocente o culpable, la cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privación que no sea indispensable. Cualquiera que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto nuestras cárceles son un modelo.

He aquí lo que sucede desde el momento en que el preso, al sentar el pie en el patio de la cárcel, se ve insultado, acometido, robado por los seres que van a ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto. El detenido exclama: "Estoy fuera de la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza*". ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, a quienes retira su protección?

Dos hombres existían allí: dos barateros; dos hombres que se creían con derechos a imponer leyes a los demás; dos hombres que cobraban el barato [ver sección de vocabulario]. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesión; este defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas [ofrece una al rival]. Los detenidos entonan diariamente una Salve a la Madre del Redentor. Al son del religioso cántico los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debía oír acabar la Salve. Con el último acento del cántico, llega a los pies del Altísimo el alma de un baratero. La sociedad entonces dice al baratero vivo:

—Yo tolero tu juego y tu barato porque no molestan mi sueño; pero de resultas de ese juego y de ese barato, tienes una disputa y me vienen a despertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo puede contagiarme con su putrefacción y por ende mando que ese cuerpo se entierre, y el tuyo con él. Porque mis leyes renuncian a amparar, pero no a vengar. Por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado el día en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdicción.

—¿Y cuántas lunas transcurren, sociedad, que ven paseando en el Prado a otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas?

—Debiste aguardar a ser opulento o siquiera caballero.

—¿Y la igualdad ante la ley?

—Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad y entre en mi composición el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero no ves que no tengo sino cabeza, que es la nobleza, y brazos, que es la curia, y una espada, que es mi fuerza militar? ¿No ves que me falta la base del cuerpo, que es el pueblo? ¿No ves que ando sobre él en lugar de andar con él? ¿No ves que me falta el alma, que es la inteligencia del ser? ¿No ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias a tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿No lo autorizas todo sufriendolo todo?

⁵⁰ Un baratero es el individuo que en los garitos se encargaba de cobrar una cantidad a los jugadores por prestarles su local. Ese tributo se llamaba barato.

—Mi día llegará, oh falsa sociedad, oh sociedad incompleta y usurpadora, porque mi cadáver será un libro donde los míos aprenderán a leer. ¡Hágase, en el ínterin, la voluntad de la fuerza: ahorca a los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores a los señores que se baten en duelo.

Y el baratero murió, pero el pueblo no sabe ver; el pueblo no sabe comprender.

(*El Español*, 19 de abril de 1836.)

El día de difuntos de 1836

Fígaro en el cementerio

En atención a que no tengo gran memoria, no tengo muy presente en qué artículo escribí que vivía en un perpetuo asombro de cuantas cosas a mi vista se presentaban. Pudiera suceder también que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte. Pero suponiendo que así fuese, declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo. [Enumeración de situaciones lamentables, entre ellas la de “un diputado elegido en las penúltimas elecciones”, referida a sí mismo: el motín de La Granja restableció la Constitución de Cádiz.]

[Al escuchar las campanas que anuncian el Día de Difuntos, Fígaro sale a la calle.]

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesión: ¡al cementerio, al cementerio! ¡Y para eso salían de las puertas de Madrid! Vamos claros, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿Fuera o dentro? El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo.

—¡Necios! —decía yo a los transeúntes—. ¿Os movéis para ver muertos? ¿No tenéis espejos por ventura? ¿Vais a ver a vuestros padres y vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la de la muerte.

—¿Qué monumento es este? ¡Palacio! Por un lado mira a Madrid; por otro mira a Extremadura, esa provincia virgen. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo: “*Y ni los v... ni los diablos veo*”⁵¹. En el frontispicio decía: “*Aquí yace el trono; nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en La Granja de un aire colado*”. La *Legitimidad*, figura colosal de mármol negro, lloraba encima.

¿Y este mausoleo a la izquierda? *La armería: Aquí yace el valor castellano [...]* *Los Ministerios: Aquí yace media España; murió de la otra media.* [Sigue un sarcasmo sobre las Cortes de Cádiz.] Más allá: ¡Santo Dios! *Aquí yace la Inquisición, hija de la fe y del fanatismo: murió de vejez.* ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes! Ni los sepulcros respetan. ¿Qué es esto? ¡*La cárcel! Aquí reposa la libertad del pensamiento.* Me acordé de aquel célebre epitafio y añadí, involuntariamente: “Aquí el pensamiento reposa, / en su vida hizo otra cosa”. Se veían en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma.

[Sigue Fígaro glosando: la calle de Postas, la calle de la Montera, Correos, Puerta del Sol, la Bolsa, la Imprenta Española, la Victoria, los Teatros, el Salón de Cortes (“Aquí yace el Estatuto. / Vivió y murió en un minuto.”), el Estamento de Próceres (cámara alta)...] Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía a muerte próxima. Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos. ¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi

⁵¹ Alusión al verso de Quevedo “Y ni los diablos, ni los virgos veo”, de su poema *Riesgo del matrimonio en los ruines casados*.

corazón no es más que otro sepulcro. ¿Quién ha muerto en él? ¡Aquí yace la esperanza! ¡Silencio, silencio!

(*El Español*, 2 de noviembre de 1836.)

La Nochebuena de 1836

Yo y mi criado, delirio filosófico

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nació. Soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los pueblos a sus ídolos, a sus consortes y a sus Gobiernos. En punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. ¡Bienaventurado aquel a quien la mujer dice *no quiero*, porque ese a lo menos oye la verdad!

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació para morir. ¡Sublime misterio!

¡Las cinco! Hora del teatro; el telón se levanta: un novio que no ve el logro de su esperanza; ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo Gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos y entra en ellos rompiendo y desbaratando.

Las doce van a dar. ¿Qué es esto? ¿Va a expirar el 24 y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en [mi criado] mi mal rato del día 24. Me abrió y no tardé en reconocer su estado.

—¡Aparta, imbécil! ¡Está ebrio! ¡Da lástima!

Me entré de rondón a mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz y quedamos dentro casi a oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquella en forma de hombre beodo y yo buscando un fósforo que nos iluminase. No sé por qué misterio mi criado encontró entonces voz y palabras, y habló y racionó; los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado?

—Lástima. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor. Yo a ti, ya lo entiendo.

—¿Tú a mí? —pregunté sobrecogido por un terror supersticioso.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima a quién? No pareces criminal; verdad es que la justicia no prende a los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o a la hija honesta porque la víctima no arroja sangre, sino agoniza lentamente consumida. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Tú buscas la felicidad en el corazón y para eso le destrozas. Tú eres literato y escritor, y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por

la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Ofendes y no quieres tener enemigos. Adulas a tus lectores para ser de ellos adulado. Yo, en fin, no tengo necesidades. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento es el de la llama, que, sin gozar ella, quema.

“¡Ahora te conozco —exclamé— día 24”. Una lágrima preñada de horror y de desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor.

(El Redactor General, 26 de diciembre de 1836.)

CRÍTICA TEATRAL Y LITERARIA

La satírico-manía

Parece que la sátira ha estado destinada siempre a despedir el primer resplandor de una época más feliz para la literatura; Aristófanes prepara la aparición de Menandro y Sófocles; Lucilio y Persio anuncian la venida de Virgilio y demás escritores cultos de Roma; Regnard y Boileau preparan el gusto del siglo de Luis XIV para leer con aprovechamiento la multitud de autores de buen criterio que le siguen; Molière purga a París de marqueses ridículos y necias sabidillas; los Argensolas nacen casi con nuestro siglo literario, y Moratín hace desaparecer de nuestra escena, con dos plumeadas de una comedia, verdadera sátira dialogada, los Comellas que la avasallan. ¿Cómo se escribiría en el día, en nuestra patria, sin la existencia anterior de los Feijoo, Iriartes, Forner y Moratín?

(*La Revista Española*, 15 de marzo de 1833.)

Discurso

Sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español...
Por D.A.D.

A medida que decayó nuestra preponderancia política, decayó nuestra supremacía literaria y con nuestros capitanes desaparecieron nuestros poetas. Algunas composiciones dramáticas que solo tenían y conservaban de los Lopes y Calderones sus defectos; una ridícula amalgama de conceptos sutiles, de metáforas metafísicas, de pedantismo escolar y del sentimentalismo que empezaba a introducirse en el teatro era todo lo que nos quedaba de nuestra antigua gloria dramática.

Luzán, Montiano, Iriarte abrieron el camino; vino después el autor de *La comedia nueva*⁵², y nuestro drama antiguo se desplomó en la ruina del género que entonces no se llamaba romántico todavía, pero que no por eso dejaba de serlo. Los amigos de los extremos hicieron una causa común con las grandiosas producciones de los Lopes y Calderones, y las rastreras obras de los Valladares y Comellas.

Reconocemos en el *Discurso* del señor D.A.D. una mano maestra, y recomendamos su lectura a los aficionados a estas cuestiones literarias.

(*La Revista Española*, 2 de abril de 1833.)

La mojigata

Nada más terrible en las conmociones políticas que las reacciones; ellas hacen desandar a los partidos mucho más camino del que durante su progresivo movimiento anterior lograron avanzar [...] He aquí la razón porque se ha escrito con más libertad e independencia en épocas ciertamente mucho más atrasadas que las que nosotros hemos alcanzado [...] El teatro es acaso el ramo que más se ha resentido de estas funestas verdades; por ellas hemos visto interceptadas comedias que respiran la más pura moral, entre ellas *La mojigata*.

⁵² Leandro Fernández de Moratín. *La comedia nueva* se estrenó en Madrid el 7 de febrero de 1792.

Moratín es el Molière español. Molière es más universal; Moratín es más local [...] El mérito principal de Moratín parécenos estribar más en la pintura de local de las costumbres de su época, y en el manejo de los modismos de la lengua, que en la pintura del corazón humano. [A diferencia de Molière] Moratín no se contenta con exponer el cuadro ridículo sencillamente a la vista del espectador; echa además en la balanza el peso de su propia opinión.

(La Revista Española, 2 de febrero de 1834.)

La fe de bautismo

He aquí una composición dramática que, si no es de Scribe, es tan graciosa y ligera como si lo fuera. Picard, autor de mucho conocimiento de la escena, y de una *vis* cómica poco vulgar, quiso fundarla sobre uno de los caprichos mujeriles que más comúnmente suelen echarse en cara al bello sexo.

Todos sabemos que las mujeres de treinta años en adelante vuelven a contar los años hacia abajo; no sabemos por qué ha de parecer esto reprehensible. Nosotros siempre seremos defensores del bello sexo; hasta sus caprichos, hasta sus defectos nos parecen gracias encantadoras. ¿Hay nada más interesante que el ademán aññado de una hermosura de cincuenta años que se enamora de un mozalbete y le declara su amor?

Una mujer que está en ese caso debe ocultar su *Fe de bautismo*, quisiera quemar los libros parroquiales, no quisiera tener fe ni bautismo. Sobre esta faltilla aritmética gira la presente pieza de Picard. Doña Úrsula pretende la mano de don Mariano, joven obsequiante de su hija; y don Bonifacio, tutor de esta y hombre que corre con sus pleitos, la pretende a ella. Poseedor de la fe de bautismo de doña Úrsula, domínala, y esta, a trueque de que su edad no se sepa, no tiene más remedio que ceder y dar su mano a quien tiene ya su fe... de bautismo, se entiende.

(La Revista Española, 2 de febrero de 1834.)

El sí de las niñas

En el día de hoy podemos decir que han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educación que no podían menos de indignar a los hombres sensatos de fines del siglo pasado [el XVIII]. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas hijas de una religión mal entendida y del espíritu represor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas [...] Acostumbrados a no discurrir, a no sentir nuestros abuelos por sí mismos...

El sí de las niñas no es una de aquellas comedias de carácter, destinada, como *El Avaro* o *El Hipócrita*, a presentar eternamente al hombre de todos los tiempos y países un espejo en que vea y reconozca su extravío o su ridícula pasión; es una verdadera comedia de época, de circunstancias enteramente locales, destinada a servir de documento histórico o de modelo literario. En nuestro entender, es la obra maestra de Moratín.

Moratín ha sido el primer poeta cómico que ha dado un carácter lacrimoso y sentimental a un género en que sus antecesores solo habían querido presentar la ridiculez. Esta es una diferencia esencial entre él y Molière. Este habla siempre al entendimiento, y le convence presentándole el lado risible de las cosas. Moratín escoge ciertos personajes para cebar con ellos el ansia de reír del vulgo; pero parece dar otra importancia, para sus espectadores más delicados, a las situaciones de sus héroes.

No solo el bello sexo ha llorado, como dice un periódico, que se avergüenza de sentir; nosotros los hombres hemos llorado también.

(*La Revista Española*, 9 de febrero de 1834.)

Vidas de españoles célebres

Por don Manuel José Quintana

Fray Bartolomé de las Casas, este hombre tan extraordinario, por las opiniones que osó, casi temerariamente, adoptar en unos tiempos en que creían sus compatriotas que el Hacedor Supremo había hecho a la raza india para uso particular de la europea, y que no dudó en ver hombres donde solo veían siervos los demás; tan locamente encomiado por los extraños como injustamente vilipendiado por los propios, es el objeto de la segunda parte del tercer tomo. Las Casas no fue un hombre de un talento superior: fue un hombre extraordinario por su fanatismo filantrópico, digámoslo así. Arrebatado en sus opiniones, exclusivas, si bien justas, su exaltación inutilizó y malogró casi siempre la pureza de sus intenciones. Dirásenos que la fortuna pudo influir en el mal éxito de los afanes de Las Casas: esta es una vulgaridad que nunca entenderemos; el hombre superior hace la fortuna; conecedor de las circunstancias que se oponen al logro de sus planes, las esquivo o las dirige, y las domina. El que sucumbe a ellas es el hombre vulgar; nunca será grande el guerrero constantemente vencido. Todo el mérito, pues, que a Las Casas podemos conceder, es el de haberse adelantado a su siglo en la manera de considerar a los indios y el de haber tenido alguna influencia, si bien indirectísima e imperceptible casi, en mejorar la existencia de algunas tribus americanas.

[Acusado de *poco afecto al honor de su país*,] el señor Quintana ha respondido en su prólogo: «El honor de un país consiste en las acciones verdaderamente grandes, nobles y virtuosas de sus habitantes; no en dorar con justificaciones o disculpas insuficientes las que ya por desgracia llevan en sí mismas el sello de inicuas e inhumanas». Si la noble independencia del señor Quintana, con la cual nosotros simpatizamos, hubiera menester defensa, ¿qué podríamos añadir a tan enérgicos renglones? El escritor no es el hombre de una nación; el filósofo pertenece a todos los países; la humanidad es y debe ser para él una gran familia. Es de desear que este Plutarco español continúe una obra que tanto redundaba en honor de su pluma como en gloria de nuestra patria.

(*La Revista Española*, 9 de abril de 1834.)

SOBRE EL USO DE LAS PALABRAS

Las palabras

Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y viceversa; porque como no hablan, se entienden. Déles usted el uso de la palabra, y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambición; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia; querrán gobierno como cosa indispensable. En conclusión, los animales, como no tienen uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices; no pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creídos. El hombre, por el contrario, habla y escucha; el hombre cree en la mujer, en la opinión, en la felicidad... Hasta en la *verdad* cree. ¿Quiere usted llevarle a la muerte? Trueque usted la palabra, y dígame: *Te llevo a la gloria*; irá. He aquí todo el arte de manejar a los hombres. ¿Ha dicho usted *hidra de la discordia, justicia, procomún, horizonte, iris y legalidad*? Ved en seguida a los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones. ¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

(*La Revista Española*, 8 de mayo de 1834.)

Por ahora

A primera vista parece que buenas deben ser todas las palabras, puesto que sirven todas para hablar; esto es un error muy grave. Palabras hay malas que forman por sí solas oración y sentido; cuando uno oye la palabra *conspiración*, cree estar viendo un drama entero. Cuando uno oye la palabra *libertad*, cree uno estar oyendo una comedia. Cuando uno oye la palabra *imprensa*, ¿no cree ver detrás la censura? ¿No hay quien ve en ella el abismo, la anarquía? Cada una de estas palabras son linternas mágicas: el mundo todo pasa a través de ellas.

Estas palabras que encierran por sí solas una significación entera son malas generalmente; las buenas son aquellas que no dicen nada por sí, como: *prosperidad, ilustración, justicia, regeneración, siglo, luces, responsabilidad, marchar, progreso, reforma*, etc. Estas no tienen un sentido fijo y decisivo. Estas son buenas porque son blandas como la cera, adaptándose a todas las figuras. Con ellas no hay pueblo a quien no se pueda convencer.

[Respecto al título] Nadie nos negará que la palabra *por* quiere decir poco cuando va sola; pues de la palabra *ahora*, no decimos nada. Combínense ahora juntas y digamos: *por ahora*, y se verá el efecto peregrino de todas las nulidades. ¿A qué no contesta usted con el *por ahora*? ¿Cuánto no suaviza esta frase toda mala contestación? *No*, quiere decir que *no*. Pero si dice usted *por ahora no*, aunque usted quiera decir lo mismo, ha dicho usted una gran cosa. Pida usted más garantías; abogue usted por una verdadera seguridad individual. “*Lo vemos —responderán—, y lo que es más, con dolor, empero, por ahora no es oportuno*”. Venga usted a decirme que el sistema judicial no es gran cosa, que cada uno multa como le da la gana, y juzga como le parece. Pero eso es *por ahora* no más. ¿Y quién es ese sabio que ha de conocer cuándo nos conviene ser iguales, ser libres, poder hablar, ser, en una palabra, felices? *Por ahora* no se columbra todavía a ese sabio.

(*La Revista Española*, 10 de febrero de 1835.)

Cuasi
Pesadilla política

Hay hombres que dan su nombre a su siglo; hombres que se constituyen manivelas de la gran máquina en que los demás no saben ser más que ruedas. Dan el impulso y su siglo obedece; hombres reverberos, cuya luz se proyecta sobre los demás objetos y les da vida y color. Son los grandes mojones que el Criador coloca a trechos en la Creación para recordarla su origen; por ellos se ha dicho que Dios ha hecho el hombre a su semejanza. ¡Sesostris, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tamurbec, León X, Luis XIV, Napoleón! ¡Dioses en la tierra! Después de ellos, nada. Después del coloso, los enanos. Actualmente el último hombre reverbero ha desaparecido. ¡Si estaremos en la época de las palabras!

[Ante Fígaro se aparece un espectro que, como Virgilio a Dante, lo invita a seguirlo.]

—Ven conmigo. ¿Ves esa mancha enorme que se extiende sobre la tierra? Es la segunda Babel. Estás sobre París. Mira los mortales de todos los países. Cada cual se apresura a traer aquí una piedra para contribuir al loco edificio. El inglés, el alemán, el español, el italiano... ¡Babel la nueva! Ya en una ocasión se han tirado unos a otros a la cabeza los materiales de la grane obra; era el amago de la confusión, de la no inteligencia. Corrió la sangre, y hoy están como estaban.

Sube a lo más alto y oirás el ruido inmenso del siglo y de sus palabras, y oirás sobre todas ellas la gran palabra, la palabra del siglo. Advierte que esas figuras que semejan hombres no son hombres tales, sino palabras. Palabras del derecho, palabras del revés, palabras simples, palabras dobles, palabras contrahechas, palabras mudas, palabras elocuentes, palabras-monstruo. Donde veas un hombre, acostúmbrate a no ver más que una palabra. Mira las palabras de dos caras, palabras bifrontes, palabras-promesas, palabras-manifiestos; palabras puercoespín, llenas de púas; palabras-percebe, todas patas y manos⁵³.

¡Ah! Aquí viene la palabra-camaleón. ¡Qué de faces! Todos corren a ella, mira como la quiere coger la palabra-pueblo. La palabra-pueblo es de las que llamé palabras-contrahechas; ciega, sordomuda, se deja guiar e interpretar, sin hacer más que dar de cuando en cuando palo de ciego; por lo general se da a sí misma. Pero todo ese vano ruido se apaga y se confunde [ante] la gran palabra, la de nuestra época, que lo coge y lo atruena todo: CUASI. Ese es todo el siglo XIX.

Mira al suelo. A tus pies está la Francia. Un pueblo *cuasi-libre* la ocupa. En el trono un *cuasi* rey, que representa una *cuasi* legitimidad⁵⁴. Una Cámara *cuasi* nacional, que sufre en el país una *cuasi* censura, *cuasi* abolida por una *cuasi* revolución; un rey *cuasi* asesinado; una gran nación *cuasi* descontenta y otra conmoción política *cuasi* próxima. ¿Qué ves en Bélgica? Un estado *cuasi* naciente y *cuasi* dependiente de sus vecinos, mandado por otro *cuasi* rey⁵⁵. Mira la Italia. Tantos estados *cuasi* como ciudades; *cuasi* presa del Austria; La antigua Venecia *cuasi* olvidada. Un Supremo Pontífice *cuasi* pobre del cual *cuasi* nadie hace caso.

[Sigue con los países del Norte, Rusia, Alemania, Holanda, Constantinopla, Inglaterra, Portugal, a la que define como], una *cuasi* nación, con una lengua *cuasi* castellana. En España, primera de las dos naciones de la Península (es decir, de la *cuasi-ínsula*), unas *cuasi* instituciones reconocidas por *cuasi* toda la nación; una *cuasi* *V endée* en las provincias con un jefe *cuasi* imbécil; una *cuasi* libertad de imprenta...

⁵³ Pero los percebes carecen de extremidades.

⁵⁴ Luis Felipe de Orleans había subido al trono desplazando a Carlos X. La *Monarquía de Julio*, expresión de los ideales de la burguesía francesa, sustituyó el legitimismo —realeza por la gracia de Dios— por un trono apoyado en la voluntad popular. *Nota del Editor*

⁵⁵ Apoyada por los sucesos de Francia, Bélgica se separó de Holanda, instalando en el trono a Leopoldo I, príncipe alemán de la casa de Sajonia... *Nota del Editor*

—¡Oh! Dejadme respirar, por Dios; estoy *cuasi* mareado.

Conducido por este *cuasi* sermón dejé de oír, y a poco dejé de ver; dejado de la mano del ser fantástico que me sostenía sobre Babel la nueva, volví a caer en París, volví a ver a los hombres y abrí los ojos buscando mi cicerone. No vi nada sino el gran *cuasi* por todas partes.

(*Revista Mensajero*, 9 de agosto de 1835.)

ESTILO

Este apartado contiene algunas observaciones de utilidad para el autor de este artículo. Los números entre corchetes corresponden a la paginación en la edición de Clásicos Planeta, febrero de 1964.

Laísmo/ Leísmo

“Dila que entre esa turba, [...] que si otros más la dicen” [*Al día 1º de mayo*]
“Se le espeta a uno” [98], “Se le come a besos” [108], “le convence” [778],
“le ahogan y le sofocan” [1050], “no le conocemos” [1079], “le cometerá” [1083],

Pero no siempre: “sin que nadie lo mate” [44], “no es posible alcanzarlos” [91]
“Vientos opuestos le azotan, [...] continuos truenos lo asordan” [*Recuerdos*, 1935]

Vocabulario y expresiones

“baratero” [565, individuo que de grado o por fuerza cobraba el barato de los jugadores]
“botillería” [162, tienda donde se hacían y vendían bebidas heladas o refrescos]
“covachuelo” [152, empleado en alguna *covachuela* (oficina pública)]
“diarista” [6, periodista; diarismo: periodismo]
“estornudorífico” [5, que provoca el estornudo (no en DRAE)]
“guirindola” [5, chorrera de la camisola]
“nicociana” [3, planta del tabaco]
“panadizo” [99, inflamación de las partes blandas de los dedos de pies y manos]
“torniscón” [97, pellizco retorcido]

“era hijo de una mi hermana” [85], “un su amigo” [87], “quién fuese tan mi amigo” [96]
“un día de días” [98, cumpleaños]
“un si es no es tartamudo” [107]
“de manos puercas” [110, ilícito]
“porque de no, me habré de...” [114]
“una idea exagerada e hiperbólica” [115, pleonasma]
“dije yo entre mí” [119]
“por defuera” [153]
“¡Pesia mí!” [206, expresa desazón o enfado; también *pesia ta*]
“raciocinar” en vez de “razonar” [773], “vio bullir en derredor” [1052]

Extranjerismos

“*beafsteak*” [160], “*fourchette*” [160]

Enclíticos

“diráte” [41], “instósele” [118], “dionos” [119], “hétenos” [120], “mándole” [153], “doyle” [284], “replicaránnos” [290], “precipítome” [686], “eslo” [772],

